C. QUINET
Inspector de la Enseñanza religiosa
en la diócesis de París

EL LLAMAMIENTO DE CRISTO
A LOS
PESCADORES DE ALMAS

Al margen del Catecismo

Traducción castellana de
ALFONSO RAMÍREZ MORAGAS
Presbítero

EDITORIAL J. VILAMALA
Calle Valencia, 246—Barcelona
1933

Con licencia eclesiástica.

En nuestro informe sobre el Catecismo y las Vocaciones, presentado al quinto Congreso Nacional de Reclutamiento sacerdotal de Nancy, en 1929, emitimos la idea de que era posible hacer oír discretamente el llamamiento de Dios en la explicación de cada capítulo de catecismo.

Tal es el trabajo que hoy ofrecemos a todos los que se preocupan del relevo sacerdotal.

Lo hemos redactado en forma que pueda ser útil a los catequistas y a los niños.

A los primeros, les sugerirá las ideas que deberán desarrollar y acomodar a su auditorio particular.

En cuanto a los otros, vendrá a ser el eco de las enseñanzas recibidas; y, en la lectura de estas líneas, encontrarán de nuevo las impresiones sentidas, y aún quizá oirán aquel "Venid, seguidme" que inició a los apóstoles.

C. Q.

¿Por qué, al leer el Evangelio experimentar un sentimiento de pesar?

Al comienzo de su último viaje a Jerusalén, yendo Jesús de camino, le presentaron unos chiquitines, para que Él les acariciase. Los discípulos rechazaban, con palabras ásperas, a los que se los presentaban. Jesús se indignó, y dijo: "Dejad que vengan a Mí los niños, y no se lo estorbéis; porque de los que se asemejan a ellos es el reino de Dios..." Después les abrazó y les bendijo imponiéndoles las manos. (MARCOS, X, 13 a 16.)

Vosotros, los que venís al catecismo, tal vez envidiáis la dicha de aquellos niños que vieron y oyeron a Jesús. ¡Oh, si hubieseis estado con ellos! ¡qué atentos hubiérais estado! ¡cómo os hubierais agazapado en torno de Él! ¡Cuánto sentís que no esté ya Jesús aquí!

Pero yo os digo: "No os pese ya, que vosotros sois más afortunados que los niños de Palestina."

Vosotros podéis oírle hablar. El *sacerdote* que os enseña la religión, no es más que una voz que repite lo que dijo Nuestro Señor. Quien a él escucha, escucha a Jesús. Él no

inventa nada, no habla en nombre propio, sino que habla en nombre de su Maestro. El sacerdote catequista es otro Jesús, que enseña las verdades que hay que creer, los deberes que hay que practicar, y los medios que hay que emplear para llegar a ser santos. Es un discípulo que, desde que oyó las palabras: "Dejad que vengan a Mí los niños", no les rechaza ya, antes al contrario, les conduce cerquita de su Maestro Jesús, quien les reserva la inefable caricia de la Comunión, el don de su cuerpo, de su sangre, de su alma y de su divinidad.

Dad gracias a Dios, por haberos dado el Sacerdote.

Los primeros sacerdotes

Era un hermoso lago, el de Genesaret; tan grande era, que lo llamaban el mar de Galilea: largo de 20 kilómetros, y ancho de 12, daba verdaderamente la impresión de un mar. Sus aguas, de un azul gris, venían a morir sobre una playa formada de guijarrales y de peñascos; sus riberas estaban ornadas de laureles rosas, de tamariscos y de alcaparrales espinosos. Todo era verdor y flores en torno de sus orillas. Sus aguas, abundantes en pesca, alimentaban varios pueblecillos de pescadores y diez ciudades.

Aquel día, sobre las aguas, dos barcas se balanceaban, y , sobre la ribera, unos pescadores estaban lavando sus redes.

Jesús, oprimido por la muchedumbre, se les acerca, y monta en la barca de Simón; en seguida le ruega que se interne algunos metros. Desde allí, habla del reino de Dios, que Él había venido a fundar. Cuando hubo terminado de enseñar, dijo a Simón: "Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar." "Maestro, respondió éste, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido; no obstante, sobre tu palabra, echaré la red." Remó unos

instantes, se levantó, y, cuando la barca estuvo inmóvil, echó su red en abanico sobre el agua. Aguardó unos minutos. Después, probó de retirarla. Pero había en ella tanto pescado, que se vió obligado a llamar a los pescadores de la otra barca, y, cuando éstos llegaron, las llenaron entrambas de tal manera, que se hundían.

Simón cayó a los pies de Jesús.

"Apártate de mí, Señor, dijo, que soy un hombre pecador." Pero Jesús le calmó, diciéndole: "No tienes que temer; de hoy en adelante, serán hombres los que has de pescar."

Simón y sus compañeros, Santiago y Juan, volvieron sus barcas a la ribera; en seguida lo dejaron todo, sus redes, su casa, y siguieron a Jesús.

Estos fueron los primeros sacerdotes...

Joven, que comienzas tu vida, y que estudias para poder trabajar, tú eres semejante a los pescadores del lago de Genesaret, que preparaban sus redes para la pesca, su modo de ganarse el pan; tú oyes a Jesús, que te habla en el catecismo, en el hogar, en la escuela quizá. Haz bien todo lo que Él te diga, permanece junto a Él, como en una barca, con tu obediencia, con tu laboriosidad, con tu pureza, con tu amor; y tal vez te dirá el Maestro: "Deja las preocupaciones de la vida material; ven, sígueme, tu serás pescador de almas."

Mira también a los que te hablan en nombre

de Dios, como a los pecadores de la barca de Pedro.

Los sacerdotes de hoy día no bastan para tirar de las redes, excesivamente repletas. Ellos hacen señas, y piden ayuda; se dirigen a los que están todavía en la ribera, y exclaman: "¡Venid pronto en nuestra ayuda; es tan abundante la pesca...!"

Roguemos para que el llamamiento de Jesús a los pescadores de almas no quede sin respuesta.

Al margen del capítulo
Dios

El sacerdote, embajador de Dios

Hay un personaje que, en todos los países, goza de una gran consideración y de muchas honores. Es el embajador, es decir, el representante de un rey, de un emperador o de un presidente de república.

Es un hombre a quien se mira como al Soberano mismo. Él expone las necesidades de su país, defiende sus derechos, se esfuerza en estrechar los lazos de amistad entre su patria y la que le recibió. Cierto que no veran jamás a su Señor, pero no dejarán de tener en cuenta sus deseos, porque él se los dará a conocer. Se aprovecharán del intercambio por él establecido entre los dos países, y aún tal vez recibirán auxilio de la patria por él representada.

En todos los países, en todas las ciudades, en todas las aldeas, el Rey de los reyes, el Rey invisible, Dios, tiene su embajador: el Sacerdote.

En nombre de este Espíritu purísimo, infinitamente perfecto, creador y señor de todas las cosas, habla el sacerdote. Sus intereses, son los que él defiende; su alianza, es la que él propone a todas las almas. Si es cierto que, cuanto más poderoso es un soberano, mayor dignidad

es la que tiene su embajador, ¡cuál no será la grandeza del sacerdote!

"Después de Dios, dice el cura de Ars, el sacerdote lo es todo... Cuando se quiere destruir la religión, se comienza por atacar al sacerdote. Cuando se declara la guerra a un país, se comienza también por expulsar a su embajador."

Al margen del capítulo
Los Misterios

El sacerdote, sabio en religión

La naturaleza forma como un inmenso libro, en que todos es esfuerzan en leer. Vosotros comenzáis a estudiar; ahora sabéis pocas cosas, pero, cuanto más trabajaréis, mejor comprenderéis las maravillas que os rodean. Hombres hay, muy sabios, que conocen las leyes que rigen el mundo, los cuales han escrito preciosos libros, en los que se os exponen esos misterios de la naturaleza.

Algunos ingenios llevan hechos maravillosos descubrimientos; y, gracias a ellos, la humanidad se ha enriquecido en ciencia. Esta riqueza ha redundado en beneficio de la vida de todos. Ahí está, entre tantos otros, Pasteur, que descubrió el remedio oculto para terribles males; Branly, que, gracias a sus estudios, os permite escuchar conciertos y conferencias por medio de la T. S. H.

Honremos a esos hombres, que tanto han hecho progresar la vida material. Pero hay también quien procura comunicar a los demás, no ya los secretos de la vida de la naturaleza, sinó los secretos de Aquél que es el Autor de le misma naturaleza.

Esos tales son los sacerdotes, que trabajan por la salvación de las almas.

Durante largos años, han aprendido, en los libros de teología, los misterios revelados por Dios; misterios cuyo conocimiento robustece nuestra fe, y que son, para nosotros, pruebas de amor del Creador, al mismo tiempo que manantiales de esperanza.

De esos misterios, ellos suministran las nociones indispensables, así a los niños de los catecismos como a los hombres de toda edad y de toda condición.

Gracias a ellos, nos será posible llegar a poseer a Dios, después de la prueba de esta vida.

El sacerdote es el sabio que nos explica la ciencia del cielo.

El ángel y el sacerdote

Después de haber estudiado el capítulo de los ángeles, quizá habréis pensado que no hay criatura alguna, excepto la Santísima Virgen, que se les pueda comparar.

Hay unas palabras del santo cura de Ars, que debiérais conocer: "Si yo encontrara a un sacerdote y a un ángel, saludaría al sacerdote antes de saludar al ángel.

"Este es el amigo de Dios; pero el sacerdote ocupa su lugar...

"Santa Teresa besaba el sitio por donde había pasado un sacerdote."

No hay exageración alguna en estas palabras. El sacerdote representa a Dios; y acontece que, para hablar a vuestra alma, los ángeles mismos se sirven de los sacerdotes para aconsejaros, para ayudaros a manteneros puros como ellos, y para vencer las malas inclinaciones de vuestro cuerpo, que exige a menudo cosas en detrimento de vuestra alma.

Pero, cuanto aman los ángeles a los sacerdotes, tanto les odian los demonios y les temen. Si leyérais la vida del cura de Ars, veríais cómo éstos últimos acechaban para vengar en él las numerosas conversiones que obraba.

La prueba continua aún para nosotros

En el paraíso terenal, nuestros primeros padres, tentados por el demonio, creyeron hallar la verdadera felicidad, no ya en Dios, sino en sí mismos; y para llegar a este resultado, desobedecieron a su Creador.

No ignoráis las consecuencias desgraciadas de aquel pecado, así para ellos como para sus descendientes.

Sabéis asimismo la inmensa bondad de Dios, que salvó el mundo por los sufrimientos de su Hijo, nuestro Señor.

La prueba continúa aún para nosotros, puesto que de nuestra perseverancia en el bien depende nuestra salvación. Pero es que nosotros no tenemos solamente a un tentador, a nuestro lado, sino que estamos asistidos de nuestro Redentor Jesús, el cual nos fortalece, y ha querido estar representado cerca de nosotros por el sacerdote.

El sacerdote: he ahí el testigo de nuestras luchas con el demonio, el amigo que nos anima en el combate, el hermano que nos levanta en las caídas.

Es otro Jesús, que de nuevo pide al Padre

que perdone siempre, y que en su nombre perdona las faltas de que uno se arrepiente. El combate no se pierde jamás, mientras esté uno al lado del sacerdote.

Él es quien nos muestra Jesús y María; Jesús, el Salvador; y María la Madre del propio Salvador: María, que no desea otra cosa sino que la sangre de su Hijo no se pierda.

¿Comprendéis ahora por qué se llama a María "la Reina del Cleró"? Es que tiene los mismos deseos y ejerce la misma misión que los sacerdotes que trabajan por salvar a las almas.

Al margen del capítulo
El misterio de la Encarnación

La Anunciación

El aposento de la Virgen María formaba parte de una casa pobre: casa cuadrada, de techo plano, en forma de terraza, con una escalera al exterior. Las paredes lucían su blancura a la luz del sol.

En aquella habitación, unos banquillos, esteras, una mesa, utensilios caseros, un molinillo para moler grano, y un cántaro lleno de agua sacada de la fuente que se deslizaba por la pendiente de la colina.

Un dia, en que la Virgen estaba en oración, el arcángel Gabriel inundó de luz aquella humilde morada, y María oyó estas palabras: "Dios te salve ¡oh llena de gracia!... Sábete que has de ser madre de un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús... Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin."

Y María respondió: "¡He aquí la esclava del Señor!"

¡Cuán grande fué la alegría de la Virgen!

Era ya la madre del Salvador de los hombres...

Hay almas puras, de niños y de jovencitos, a las que Dios está diciendo: "¿Queréis dar Jesús al mundo?"

¿Queréis ser su representante, su sacerdote?

¿Queréis apresurar su reinado?...

Si algún día oyéseis esta voz, no os turbéis, antes bien responded como la Virgen: "¡He aquí el siervo de Dios!"

Al igual que María, guardad vuestro secreto, no confiándolo más que a vuestro confesor, y luego a vuestros padres, viviendo como niños piadosos, obedientes y laboriosos, hasta el día en que Dios os conduzca al altar, donde reproduciréis a Jesús en el milagro eucarístico.

Al margen del capítulo
La Vida de Jesucristo

Navidad

En la cueva de Belén, la noche de Navidad, la Virgen tuvo la dicha de dar al mundo Jesús, el Verbo encarnado. Este acontecimiento se efectuó en el silencio de la noche; y, aquel día, sólo los pastores lo advirtieron.

En Jerusalén, en Belén, no hubo quien se ocupara del nacimiento del Niño Dios.

Cuando el sacerdote da Jesús al mundo en el Sacramento de la Eucaristía, no hay más que un pequeño número de adoradores; la muchedumbre, inconsciente, está presa de sus afanes o de sus placeres. Y, no obstante, es este mismo Jesús, nacido en un establo, el que salvó y transformó el mundo. Es la Eucaristía, administrada por mano del sacerdote, la que hace actualmente posible que el mundo se aproveche de la Redención.

En lo alto de la cueva, los ángeles cantaron: "Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

El sacerdote hace el oficio de los ángeles. Sobre la tierra, él repite, a su manera, el canto de Navidad: "Paz a los hombres que quieran seguir el Evangelio, el Evangelio de Jesús, el que,

en lugar del odio, predica el amor; que, en lugar de la desesperación, enseña la resignación; el que muestra la belleza del sacrificio, del trabajo, y que, para después de la prueba de aquí bajo, promete la recompensa del cielo.

El sacerdote, como los ángeles, llama a la Redención.

Los milagros de Nuestro Señor

En un paraje solitario, de los alrededores del lago de Genesaret, Jesús vió ante Sí a una muchedumbre de cinco mil hombres, y se le antojó que andaban todos como ovejas sin pastor. Se compadeció de ellos, y se puso a instruirles. Como era ya avanzada la hora, los discípulos le dijeron:

—"Este es un lugar desierto, y ya es tarde; despáchales."

Despacharles en ayunas... y con lo largo que era el trecho... Jesús se negó a ello.

—"¿Cuántos panes tenéis?" — preguntó a sus discípulos.

—"Cinco, y dos peces."

—"Hacedlos sentar por cuadrillas."

Cuando todos estuvieron sentados sobre el verde césped, por grupos de a 150, bendijo los cinco panes y los dos peces, y se los dió a sus apóstoles, para que a su vez los distribuyesen al pueblo. Y ¡oh milagro del poder divino! cada uno comió a medida del hambre que llevaba, y aún sobraron doce canastas llenas...

. . . .

En el lago mismo de Genesaret, un día,

que Nuestro Señor estaba estaba dormido en la barca de Pedro con los apóstoles, una tempestad furiosa se levantó: el viento soplaba con ímpetu, las oleadas empinaban la frágil nave, la inmobilizaban, y la zarandeaban a pesar de los esfuerzos con que los apóstoles luchaban contra las olas embravecidas. Ya la barca se llenaba de agua. Todos iban a morir.

Y despiertan a Jesús: "Maestro, que perecemos; ¡sálvanos!" La tempestad hace riza. Jesús se levanta, manda a los vientos y al mar, y súbitamente el lago se quedó apaciguado, como en las tardes de estío...

. . . .

Por el camino, un leproso, horrible a la vista, con su cuerpo roído por el mal, le dice: "Si Tú quieres, puedes limpiarme." Y, a una palabra de Jesús, la lepra desaparece.

. . . .

Hace ya muchos días que Lázaro está en el sepulcro; ya su cuerpo se descompone. Ante la tumba, en que la muerte va realizando su cometido, Jesús exclama: "Lázaro, sal a fuera."

Y, lleno de vida, el que estaba muerto, está ahora en pie.

. . . .

Hoy día, hay un hombre que obra vedaderos milagros, no ya sobre el cuerpo, sino sobre las almas.

Una palabra sobre un poco de pan, y la substancia del pan no es simplemente multiplicada, sino que se convierte en el cuerpo de Cristo.

Las tempestades hacen riza en las almas; las pasiones impelen al mal; los odios, las injusticias, los crímenes tal vez, se manifestarán de una manera horrorosa. Con palabras suavísimas — palabras aprendidas de Jesús — este hombre hace renacer la calma en los corazones alborotados.

. . . .

Un desventurado se acerca, y, confidencialmente cuenta sus miserias, sus faltas, sus defecciones, sus afrentas; el que le escucha, murmura palabras de perdón, alza la mano, y el pecador se levanta transfigurado.

. . . .

Sin fe, sin amor, sin esperanza alguna, porque todo murió en su alma, un pobre doliente está escuchando a este hombre, que le habla, que le infunde fe y esperanza, que le resucita el corazón con un poco de amor divino. ¡Oh milagro de caridad! La vida se reintegra a esta alma muerta, y el doliente queda convertido: ya cree, ya espera, ya ama .

Este hombre, que convierte el pan, que apacigua las tempestades de almas, que cura a los leprosos espirituales de hoy día, que resucita a los muertos a la fe... ya lo habéis adivinado: es el sacerdote.

Al margen del capítulo
El Misterio de la Redención

Reflexiones ante un Crucifijo

Estoy contemplando a Jesús todo ensangrentado sobre la cruz, con las manos desgarradas y los pies horadados por gruesos clavos.

Sobre su cabeza, una pesada corona formada de gruesas espinas, entremezcladas con sus cabellos.

Es la postrera hora de aquella vida que ha durado treinta y tres años.

Todas las lágrimas que ha llorado, todas las palabras que ha pronunciado, todos los golpes que ha recibido, todas las gotas de sangre que ha derramado, son para rescatar a las almas, para rescatar a la mía; y cuando Él dijo: "Todo está cumplido", declaraba que la Redención estaba consumada.

Jesús ha muerto para salvar a todos los hombres. No hay crimen alguno que no pueda ser remitido en virtud de sus méritos.

Ante un crucifijo, el mayor pecador de la tierra puede decir: "Jesús crucificado, confío en Ti."

Sí, Jesús es el Salvador de los hombres.

Pero Dios no nos salva a pesar nuestro. La

Pasión de Cristo es un remedio que cura solamente a los que de él quieren aprovecharse.

Para aprovecharse de la Redención, es preciso conocer a Jesús.

Si los apóstoles se hubiesen callado después de la muerte de su Maestro; si no hubiesen continuado su obra, las almas habrían ignorado el tesoro de la Redención, y, como una mina de oro no explotada, habría sido un tesoro inútil.

Si, después de los apóstoles, sus sucesores no hubiesen continuado la obra; si el sacerdote no existiera, no habría nadie que nos enseñara a aprovecharnos de este tesoro espiritual.

"El sacerdote, dice el cura de Ars, tiene la llave de los tesoros celestiales; él es el ecónomo de Dios, el administrador de sus bienes.

"Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no serviría para nada.

"Ved, si no, los pueblos salvajes; ¿de qué les ha servido que Nuestro Señor haya muerto? ¡Ay! que no podrán participar del beneficio de la Redención, mientras no tengan sacerdotes que les apliquen los méritos de su Sangre.

Acordaos que Jesús mandó rogar al Padre celestial para que envíe trabajadores a la siega de las almas. Hacen falta muchos sacerdotes, para utilizar la muerte y la pasión de Nuestro Señor.

Al margen del capítulo
Descenso de Jesucristo a los Infiernos

Las almas en el limbo

Nuestro Credo nos dice que, después de su muerte, Jesucristo fué desclavado de la cruz, y puesto en el sepulcro. Su alma, invisible, fué a visitar a las almas de los justos, que estaban en el limbo, esperando el anuncio de la Redención.

Estas almas no podían ver a Dios, puesto que el cielo estaba cerrado a los hombres...

Hay, actualmente, sobre la tierra, una porción de almas rectas que no nonocen a Dios. Nadie les ha revelado las cosas divinas; y un sin fin de obstáculos, procedentes de la educación, de los hábitos, del ambiente, les cierran el horizonte donde Dios reside. No tienen fe alguna, ni esperanza, ni amor al Padre celestial. Y, no obstante, son almas rectas, que viven atentas a la voz de su conciencia y cuidadosas de evitar el mal.

Las hay en todos los medios, en la masa de los obreros, de los rústicos, de los inteligentes, de los ricos... ¿Vendrá Jesús a mostrárseles, un día, puesto que en tinieblas están, como también las almas de los justos estaban, entonces, en el limbo?

Todos los días se les muestra Jesús, para

anunciarles la Redención; sólo que, a estas almas, se les presenta bajo la figura del sacerdote.

Les habla por medio de sus ejemplos, de su vida entera, de sus sermones, de sus conversaciones íntimas, de sus escritos. Todos los días hay almas que truecan las tinieblas por la luz. Son incontables las conversiones, en la Iglesia. El sacerdote es el heraldo de la Redención. Más aún: es el testigo, y a menudo el artífice, de maravillosas resurrecciones.

Jesús se sirve de él para despegar a las almas de su orgullo, de su avaricia, de su impureza; para lavarlas de todas sus manchas, que les hacían indignas de la amistad de Dios.

¡Oh! el sacerdote no tiene solamente penas, en su vida; él tiene, sobre todo, alegrías; y, entre todas estas alegrías, el espectáculo de las resurrecciones de almas a la gracia es una de las más dulces.

Es el gozo de María, de la Magdalena, de los apóstoles, al constatar la resurrección de Jesús.

Al margen del capítulo
El Espíritu Santo

Cómo nos habla

Tal vez habréis querido averiguar por qué, desde que Jesús les hubo dicho: "Seguidme a Mí, y Yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres", los apóstoles lo dejaron todo: su barca, sus redes, su familia, y siguieron a Nuestro Señor. Es que, en su mismo interior, una voz les decía: "Seguid a Jesús, escuchad su llamamiento", y ellos obedecieron a esta voz.

Era el Espíritu Santo, quien les guiaba y les hablaba.

Él es quien les movía a creer en las enseñanzas de Jesús, mientras ellos veían a la multitud permanecer incrédula; Él es quien les invitaba a ser perfectos como Jesús.

Él les pedía morir por Dios; y ellos, iluminados por su gracia, tan claramente comprendieron que toda su vida pertenecía al Criador, que todos, excepto Judas, respondieron: "Sea." Y murieron mártires; todos dieron la vida, ofrendando, quien sus miembros sobre la cruz, quien su cabeza al verdugo, quien su cuerpo a los dientes de una sierra.

El Espíritu Santo nos habla siempre al corazón. Es, dice el cura de Ars, nuestro conductor. Él es quien deposita, en las almas, los buenos pensamientos; Él es quien, en ciertas almas, pone el deseo de llegar a ser sacerdote, el deseo de consagrar todo su porvenir, toda su vida a Jesús.

Escuchad al Espíritu Santo, y decidle a menudo: "¿Qué queréis que haga? Iluminad mi entendimiento y fortaleced mi voluntad."

Al margen del capítulo
La Iglesia

El monte de los Olivos

Jesús condujo a sus apóstoles al monte de los Olivos, y desde él les envié a la conquista del mundo.

De lo alto de un monte percibe uno las cosas en su conjunto, y la impresión que de ellas se forma, no es la misma que a su vera.

No se da importancia alguna a los detalles. Las ciudades se achican, los palacios se confunden con las casas humildes, los hombres apenas si se distinguen. Cuanto más uno se eleva, más se dilata el horizonte del cielo, y más se empequeñece la tierra. Sólo el recuerdo, que uno se lleva de los hombres y de las cosas, rectifica esta impresión. Jesús condujo a sus apóstoles sobre el monte, para mostrarles cómo iban achicándose las cosas de la tierra, a medida que uno se elevaba junto a Él. Pero durante tres años los condujo por la llanura, junto al lago, y por las ciudades, para mostrarles las miserias de los hombres, sus ignorancias, sus necesidades, sus trabajos, sus flaquezas; y dijo a todos los que le habían consagrado su vida: "Id, e instruid a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo."

Y, en esto, estaba pensando en aquellos que, más tarde, subirían en pos de Él al monte que acerca al cielo, y en los sacerdotes de ayer, en los sacerdotes de hoy, en los sacerdotes de mañana, y en vosotros tal vez; que a todos dijo Él: "Estad ciertos que Yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos."

¿Quién de vosotros seguirá a Jesús hasta el día aquel, en que oiga, como dichas a sí, estas palabras?

Quinet

Al margen del capítulo
Las notas de la Iglesia

El sacerdote católico

—Sacerdote católico, ¿qué es lo que predicas?

—Yo predico las verdades que Jesús enseñó, y que están contenidas en el Símbolo de los Apóstoles.

—¿A quién obedeces?

—Yo obedezco el representante de Jesús, al sucesor de Pedro, al Papa, que le reemplaza sobre la tierra. Yo obedezco a los Obispos sumisos al Papa. Por mi fe, por mi obediencia, soy el sacerdote de la Iglesia *una*.

—Sacerdote católico, ¿qué es lo que buscas?

—Busco hacerme semejante a Jesús, dibujar en los corazones de aquellos que me están confiados, la imagen del Santo de los Santos, del Hijo de Dios. Como mis antecesores, busco producir santos, para añadir sus nombres a la larga lista de los que venera la Iglesia. Yo a todos presento los medios de santificación: los sacramentos que dan la vida de Dios, que la devuelven, que la fortalecen. Yo doy el cuerpo a la divinidad de Jesús. Soy el sacerdote de la Iglesia *santa*.

—Sacerdote católico, ¿dónde vives?

—Vivo en todas partes: en la vieja Europa,

llena de recuerdos cristianos, toda radiante de la luz de Roma; en la inmensa África, donde, a menudo, el sol mata; en la América materializada; en el Asia misteriosa y pagana; en la Oceanía, tierra de mártires. Soy sacerdote de la Iglesia *universal*.

—Sacerdote católico, ¿quiénes son tus antepasados?

—Soy el sucesor de aquellos a quienes consagraron los apóstoles, de aquellos apóstoles a quienes dijo Jesús: "El que os escucha a vosotros, me escucha a Mí; y el que os desprecia a vosotros, a Mí me desprecia." Soy sacerdote de la Iglesia de los apóstoles; y, como ellos, voy en busca de futuros trabajadores, que, después de mí, continuarán la siembra comenzada en los campos del universo.

Señor Jesús, enviad trabajadores...

Al margen del capítulo
Los Pastores de la Iglesia

La Parroquia

La parroquia es la gran familia religiosa, y, como todas las familias, tiene un jefe: el cura, que preside las reuniones, da consejos, avisos, ofrece a Dios la oración común, y está a disposición de todos.

El alcalde, magistrado civil, se ocupa de los asuntos materiales del ayuntamiento en nombre de todos. A los ojos del Estado, él es el representante oficial de los habitantes de la ciudad o del pueblo. Los poderes se dirigen a él. Por su medio, el gobernador sabe lo que pasa en el pueblo, y a su vez, como alto funcionario, él es quien da cuenta al ministro de la marcha de los asuntos.

El cura es el representante oficial de la Iglesia, a quien el obispo ha confiado una porción de su diócesis.

El fiel que obedece al cura, obedece al obispo; el cual, a su vez, obedece al Papa, representante de Jesucristo. Pero ¡qué diferencia entre el magistrado civil y el cura! Aquél cuida de los cuerpos, éste de las almas; aquél de las cosas temporales, éste de las cosas eter-

nas; aquél es el representante de los hombres, éste de Dios. El poeta Lamartine escribía:

"Hay un hombre, en cada parroquia, que no tiene familia, pero que es de la familia de todo el mundo; que toma al hombre en el seno de su madre, y no le deja hasta la tumba; que bendice o consagra la cuna, el lecho de muerte y el féretro; un hombre a quien los pequeñines se acostumbran a amar...; un hombre que es el consolador, por razón de su estado, de todas miserias del alma y del cuerpo; un hombre que tiene el derecho de decirlo todo, y cuya palabra cae de la alto sobre las inteligencias y sobre los corazones con la autoridad de una misión divina... Este hombre es el cura."

No puede dejarse a un pueblo sin alcalde. Sería un desorden.

¿Puede dejarse a una parroquia sin sacerdote?

Hijitos de España, nuestra querida patria sufre una gran miseria: no pocas de sus iglesias están casi abandonadas, no tienen suficientes sacerdotes.

Al margen del capítulo
Los Fieles de la Iglesia

Los Jefes

—Soldado, ¿por qué respetas a tus jefes? ¿por qué obedeces ciegamente a sus órdenes?

—Un jefe me representa a la Patria. No se discute con la Patria: ella tiene derecho a exigir mi trabajo, mis fuerzas, mi libertad, y, si es necesario, mi vida.

Mis jefes juzgan en qué forma la Patria necesita de mí. Esto es lo que hicieron todos los caídos sobre los campos de batalla...

Las crucecitas de madera de nuestros cementerios, las osamentas ya blancas de los osarios donde reposan los héroes de la independencia, me reclaman el respeto, la obediencia a los jefes que tienen entre sus manos los destinos de mi Patria.

—Cristiano, ¿por qué obedeces a tus jefes espirituales: el Papa, los Obispos, los sacerdotes?

—Obedezco, porque son los representantes de Aquel que murió por mí, clavado en una cruz sobre el Calvario, y que, antes de morir, había dicho: "El que escucha a mis apóstoles, a Mí me escucha; y el que les desprecia, a Mí me desprecia."

Obedezco, porque en la batalla de la vida, mi deber es el de obedecer; las responsabilidades son para los jefes.

Obedezco con amor, sin discusión, sin dilación, porque sé que de mi obediencia depende, muchas veces, la salvación de los demás.

Obedezco, porque soy soldado de Cristo. Obedezco al sacerdote de la parroquia, quien a su vez obedece al Obispo en comunión con el Papa, Vicario de Jesucristo.

Al margen del capítulo
La Comunión de los Santos

El agente de negocios de Dios

En nuestra vida social, necesitamos de un agente de negocios.

A veces, nos formula actas, contratos: es el notario.

A veces, le pedimos consejo en nuestras dificultades, defiende nuestros intereses, y nos representa ante la justicia: es el abogado, es el procurador.

A veces, le confiamos nuestro dinero, para que lo haga fructificar: es el banquero.

La Iglesia es una inmensa sociedad, que agrupa a todas las almas: los santos del cielo, las almas del purgatorio, y los fieles de la tierra.

La Iglesia posee riquezas espirituales: los méritos infinitos de Nuestro Señor, los méritos superabundantes de la Santísima Virgen y de los Santos, y los méritos que los fieles adquieren todos los días.

¿Quién será el intermediario entre todos los miembros? ¿Quién será el agente de negocios de Dios, el notario, el abogado, el banquero?

El Sacerdote...

El nos ayuda en nuestras relaciones con Dios, con los Santos, con las almas del purgatorio.

El nos aconseja.

El hace fructificar nuestro tesoro espiritual.

Al margen del capítulo
Las Postrimerías

El guía

¿Habéis hecho alguna vez una ascensión a un monte bien alto? A la madrugada, el guía espera a la carabana ante la puerta del hotel, Este guía es un rústico montañés, con sus zapatos herrados, su viejo fieltro en la cabeza, su paquete de cuerdas a la espalda, y la pica en la mano.

Al exterior, no es de día ni de noche. Los objetos comienzan a surgir de la sombra; apenas se los distingue.

Se pone uno en marcha silenciosamente, y toma por un camino de atajo, que va escalando las dehesas. Al pie del monte, la ascensión parece fácil. Sube uno riendo y cantando, al principio; luego, bruscamente, todo el mundo calla: la subida fatiga, es ruda. El camino se ha vuelto pedregoso, más difícil; casi desaparece, se pierde entre las rocas vacilantes. Luego reaparece en un bosque de abetos negros, silenciosos; ahora bordea un precipicio, y es preciso deslizarse por un largo balcón sin parapeto, que domina una hoya espantosa. A lo largo de las rocas, el guía se ha detenido; desovilla su cuerda, ata a los que le siguen, y les hace pasar, no obstante el vértigo.

Franqueado el mal paso, sube uno asido a la pica, que va clavándose en el suelo y haciéndole muescas; llega a un puente de hielo y de nieve, tendido sobre un abismo; hay que marchar sin dar paso en falso, sin mirar al abismo, que absorbe. El guía ya ha comenzado a hacer rellanos sobre la nieve, y, lentamente, uno a uno van pasando a la otra parte.

Muchos, que no llevaban guía, cayeron allí, para no volver jamás.

La subida continúa difícil, fatigosa. ¡Un grito!... Alguien acaba de caerse, el pie le ha resbalado, y ahora está asido a una roca. De un salto, el guía llega a su lado, le agarra, y le ayuda a subir otra vez. La pequeña carabana reanuda la marcha...

Sol, luz; un hermoso cielo azul, sobre un inmenso paisaje de plantas verdes; manchas oscura de bosques; aguas que parecen dormir, mientras reflejan todo el cielo.

Toda fatiga ha cesado; la carabana ha alcanzado su meta; la ascensión ha terminado.

La vida es una ascensión: comienza al amanecer de la infancia, y muy pronto inaugura sus fatigas, sus sombras, sus penas, sus peligros. La vida no es más que una subida, que, en ciertos momentos, bordea el precipio; y muchos no alcanzan su fin, y yacen en la hoya del infierno.

El sacerdote es el guía que levanta en las caídas, que traza el camino en los pasajes

vertiginosos, que sostiene al borde de los precipicios, y que conduce siempre al cielo de luz y de calma de las cimas, a la luz sin fin del sol de Dios.

Al margen del capítulo
Los Mandamientos de la Ley de Dios

Cuando Moisés bajó del Sinaí

Cuando Moisés bajó del Sinaí, llevando en sus manos las tablas de la ley, divisó un ídolo: un becerro de oro y un altar colmado de víctimas. Delante del ídolo, todo el pueblo estaba reunido y se divertía, danzando al son de los tamboriles.

El pueblo había olvidado la alianza que Dios había establecido con él.

En su cólera y su dolor, Moisés rompió contra la roca las tablas de la ley; después, encaminándose hacia el ídolo, lo derrumbó, lo destruyó, lo machacó y lo quemó.

Aun después del beneficio de la salida de Egipto, el pueblo, que había recobrado su libertad, olvidó a su libertador.

Lo que pasó ayer, se renueva hoy día: el pueblo olvida el beneficio de la Redención, y se da a la idolatría de las cosas terrenas, a los placeres de los sentidos, al dinero, el ídolo de hoy día.

Precisa que un hombre se presente, en nombre de Dios, para recordar el deber de la fe, la regla de la moral cristiana, para destruir los groseros ídolos que vuelven a alzarse todos los días.

Este hombre, de quien el pueblo no puede prescindir, es el sacerdote, el testigo de la voz de Dios.

¡Oh sacerdote!, hoy más que nunca, el mundo tiene necesidad de ti; porque el mundo tiene necesidad de conductores que contraríen sus instintos.

Al margen del capítulo
Las Virtudes teologales

Lo que yo he visto...

Yo he visto al labrador sembrar el grano en la tierra desnuda, entreabierta por el hierro del arado y del rastrillo, entre el frío y el viento del invierno, en una naturaleza despojada y como muerta.

Y he visto, poco tiempo después, germinar el grano y anunciarse la mies abundante.

Este grano se convertirá en mi pan, en mi sangre. El labrador es un sembrador de vida.

Yo he visto al sacerdote pasar por el mundo ignorante y frío, y depositar en las almas el germen de la vida eterna por medio del bautismo, por medio de la predicación de las verdades de Dios; y estas almas han sabido quién eran ellas, de dónde venían, y a dónde iban.

Al cabo de veinte siglos, los discípulos repiten, como su Maestro:

"Vosotros venís de Dios, y volvéis a Dios. La vida presente no es más que un paso. Es un puente, que nos conduce de la tierra al cielo; es la prueba de nuestra libertad. Esta prueba se realiza todos los días, en las luchas entre nuestras pasiones y el deber.

"Somos responsables delante de Dios, y nuestra victoria nos dará la vida eterna. Pero

tened confianza; no estáis solos en la lucha: Jesús, el Redentor, Jesús, nuestro hermano, está con nosotros.

"Tened confianza y soportad con valentía el buen combate, para obtener la corona inmortal.

"Durante veinte siglos, una gran luz ha estado brillando en las inteligencias, y fortaleciendo las voluntades."

El sacerdote es un sembrador de vida eterna, de fe. Él continúa las siembras, que es preciso renovar incesantemente...

Yo he visto llorar ojos, crisparse manos ante el dolor, sangrar corazones al contacto de la pobreza, de las luchas interiores, de las separaciones definitivas.

Y he visto secarse los ojos, calmarse las manos, apaciguarse los corazones, porque un sacerdote les mostraba a Dios a través del sufrimiento humano, y, sobre todo, siguiendo el camino del dolor.

Bendito sea el que predica la esperanza.

Los misioneros que dejan su país para desmalezar la tierra inculta del paganismo; los humildes curitas de las aldeas de España, o los curas de las grandes ciudades, que renuncian a la vida fácil, para ser sembradores de fe y de esperanza, son grandes, en su humildad, porque son los obreros de la eternidad.

Al margen del capítulo
La Caridad

Por ahí conocerán todos que sois mis discípulos

Ya conocéis la página evangélica en que se cuenta que un hombre se acercó a Jesús para preguntarle cuál era el mayor de los mandamientos; y también sabéis la respuesta: "Amar a Dios; amar al prójimo."

¡Amar al prójimo! Nuestro Señor insiste sin cesar sobre este mandamiento. Es preciso amar al prójimo, sin esperar por ello ningún provecho. "Cuando haces un convite, has de convidar a los pobres, y a los tullidos, y a los cojos, y a los ciegos; y serás afortunado, porque no pueden pagártelo, pues serás recompensado en la resurrección de los justos." (LUCAS, XIV, 13-14.) "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian; para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores." (MATEO, V, 44-47.)

Y el apóstol San Juan escribía: "No amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras."

Tal es la regla que se proponen seguir todos los sacerdotes. Y por esto, en todas partes, en

todos los medios, aun los más hostiles, se esfuerzan en trabajar por el bien del cuerpo y del alma de sus hermanos.

Así lo entendió el bueno de San Vicente de Paúl, sacerdote francés, fundador de las múltiples obras de caridad que le han merecido el sobrenombre de "Padre de los pobres"; el que supo inspirar a sus hijos, los sacerdotes Paúles, y a sus hijas, las hermanas de la Caridad, tan admirables sentimientos de esta virtud. Escuchad este ejemplo:

Ya habréis oído hablar de la lepra: es la más terrible de las enfermedades; roe el cuerpo del ser vivo, y lentamente va haciendo de él un cadáver. El leproso es objeto de repulsión para todo el mundo. Recientemente, los boletines de las Misiones anunciaban la muerte de un sacerdote, la del Padre Castán... Después de haber evangelizado mucho tiempo en Abisinia, y luego en Fuerte Delfín, este Paúl se sintió tan fatigado, que hubo de tomarse un retiro.

Un retiro es un descanso después de un trabajo, es la ausencia de todo cuidado y la búsqueda de un poco de alegría.

Aquel sacerdote se contentó solamente con un poco de alegría; de aquella que puede uno proporcionar a los demás, olvidándose de sí propio. Se retiró, pues, entrando como capellán en una leprosería. Allí se dió por entero

a los pobres leprosos de Farafangana, hasta el día en que la muerte vino por él.

Este ejemplo no es, por cierto, cosa rara. En la exposición colonial de Vincennes pudo admirarse un grupo que representaba la muerte del Padre Dupuy, Jesuíta misionero, caballero de la legión de Honor. En torno suyo, dos religiosas malgaches procuran calmar los atroces sufrimientos de su larga agonía: está muriendo de la lepra, con el rostro tumefacto, roídos los labios, sus orejas y alrededor de los ojos, con las manos y los pies como limados en redondo. Muere, en 1912, mártir de su caridad. Tanto había amado a los pobres, que había escogido a los más desheredados, a los más abandonados, para darse a ellos.

Al margen del capítulo
El Culto divino

El animador del Culto

Se os ha enseñado, durante el curso de religión, que el hombre que vive en sociedad, había de rendir a Dios un culto público: así es cómo reconocemos los derechos de Dios sobre la sociedad; así es cómo adoramos públicamente a nuestro Creador.

Por esto es, que en la iglesia de vuestra parroquia, grande o chica, humilde iglesia rural o suntuoso templo ciudadano, todos los domingos asistís a las hermosas ceremonias del culto. Ya sé que os gustan los divinos oficios, el santo sacrificio de la misa, las vísperas, los manifiestos, las procesiones por las naves de la iglesia. Aún os parece oir los cánticos, la música del órgano, el olor del incienso o el perfume de las flores que adornan el altar.

¿Habéis advertido quién es el animador de este culto, el que lo ordena según las reglas fijadas por la Iglesia? Este personaje es el sacerdote, intermediario entre Dios y el hombre.

Vedle: va revestido de los hábitos sacerdotales: el alba de tela blanca, la casulla de los colores litúrgicos. Celebra la misa sobre el altar, bien a la vista de los fieles. Sube al púl-

pito, para anunciar la palabra de Dios. Expone a Jesús hostia a las adoraciones de los fieles. Preside las funciones. Es el personaje oficial, que habla en nombre de todos y que presenta la plegaria de todos a Dios. Por lo tanto, él, en medio del silencio recogido de los fieles arrodillados, desempeña una misión religiosa y social a la vez, rodeado del esplendor de su iglesia de ventanales luminosos, y del oro y de la seda de sus ornamentos.

Personaje oficial, designado para el culto, es decir, para el acto más importante que criatura alguna pueda realizar; el acto por el cual son reconocidos los derechos de Dios sobre la sociedad.

Personaje oficial, designando por la Iglesia para los fieles: “El sacerdote, decía el cura de Ars, no es sacerdote para sí propio: él no se da a sí mismo la absolución, ni se administra los sacramentos. No es para sí; es para vosotros.”

Al margen del capítulo
El culto de la Virgen

La Virgen y el sacerdote

En la noche de Navidad, la Santísima Virgen nos dió su divino Hijo Jesús, el Salvador del mundo.

Todos los días, en la santa misa, el sacerdote da, al pueblo, Jesús, el Hijo de la Virgen María; Jesús, Hijo de Dios.

María veló sobre el niño Jesús, le cubrió de pañales, i le presentó a las adoraciones de los Pastores y de los Magos. Ella se le cargó en brazos, para sustraerle al furor de Herodes; con sus desvelos le hizo crecer; y le presentaba, sin duda, a los niños Judíos como modelo de laboriosidad y de obediencia.

El sacerdote cuida de Jesús en la Eucaristía, aparentemente no menos débil que un tierno niñito; le expone, sobre el altar, a las adoraciones de los fieles; y, por medio de su palabra y de sus trabajos, impide que el pecado empañe su imagen, impresa en los corazones puros.

A los niños, les habla de Jesús, mostrándoselo como modelo perfecto de piedad, de obediencia, de laboriosidad... ... ...
... ...

María acompañó a Jesús en su vida pública; le contaba su pesar cuando los malos querían hacerle perder, y sus alegrías cuando la muchedumbre le aclamaba; y le pidió, en las bodas de Caná, la gracia de un milagro. A solas se repetía a sí misma sus enseñanzas; y fué testigo de los menores actos de su vida.

El sacerdote acompaña a Jesús a través de la vida de los cristianos: sufre cuando ve a Jesús ultrajado por el pecado, y se regocija cuando le ve amado. Aprende las lecciones del Maestro, y las repite a los demás. Ruega por todos... y es el testigo mudo de infinidad de gracias...

María acompañó a Jesús al Calvario, y le vió morir en Cruz.

Todos los días continúa y renueva, el sacerdote, en la misa, el sacrificio de la Cruz...

María supo la resurrección de Jesús.

El sacerdote sabe mucho de resurrecciones espirituales, de aquellos que restituyen a Jesús a las almas...

María asistió a la fundació y al desenvolvimiento de la Iglesia naciente, contribuyendo a ello con sus trabajos y sus oraciones.

También el sacerdote contribuye a extender el reino de la Iglesia de Dios.

Al margen del capítulo
El segundo Mandamiento

Los grandes artistas

¿Habéis recorrido los museos de París o de las grandes ciudades? Si es así, habréis visto galerías de pinturas, de esculturas, ante las cuales los visitantes se detienen; obras maestras, que excitan la admiración. Parece imposible hacerlo mejor.

También por las calles habéis podido contemplar, expuestas en las vitrinas, pinturas, estatuas.

¿Qué diferencia halláis entre éstas y aquéllas?

En ambos grupos, los que han pintado las telas, labrado el mármol o el bronce, han observado las leyes de la perspectiva, las proporciones queridas. Pero en los primeros hay algo más que observancia de estas reglas de la pintura y de la escultura; hay algo, que hace que su obra no sea solamente una obra más, sino una obra maestra; han trebajado, no solamente como obreros conscientes, sino como artistas, excitados por su propio genio. ¡Oh! para llegar a estos resultados, han tenido que pintar, estudiar, seguir cursos, copiar modelos.

Si bien es cierto que muchos cultivan la

pintura, la escultura, la música, pero pocos son artistas.

En la vida cristiana, es lo mismo. Muchos observan los mandamientos, y no pasan de ahí. Pero algunas almas quieren alcanzar la perfección y llegar a ser artistas espirituales.

Para las almas generosas, existe una escuela. En el Evangelio, Nuestro Señor Jesucristo manda lo que hay que hacer para ser cristiano, y se dirige a todos los hombres. Pero también habla a una pequeña selección, a la cual da consejos: el desprendimiento de las riquezas, el desprendimiento de los placeres, la sumisión entera de la voluntad propia a la voluntad de Dios. Por medio de esta triple renuncia, se puede llegar a la perfección. Los religiosos y las religiosas que véis pasar junto a vosotros, están en la escuela de la perfección.

Por medio de los tres votos religiosos, es decir, por medio de las promesas libres hechas a Dios, han renunciado a los bienes exteriores que poseían, o que podían adquirir, o al libre uso de su fortuna.

Han renunciado a los goces santos de la familia, para darse en cuerpo y alma a Dios solo, mortificando los sentidos, la imaginación, la sensibilidad.

Por último, han sometido su voluntad a una regla de vida severa.

Los religiosos y las religiosas, estando como están en la escuela de la perfección, pueden, más fácilmente que otros, hacer, de su vida, una obra maestra. Ved, si no, a esa flor del Carmelo, la hermanita Teresa del Niño Jesús; ved a esos religiosos y religiosas que cuidan con amor, y sin interés alguno material, a los pobres enfermos, desahuciados de la ciencia. Leed en los *Anales de la Propagación de la Fe* los relatos de esos misioneros, hombres y mujeres, que, bajo todos los climas, aun sobre los hielos del polo Norte, se consagran al bienestar material y moral de sus hermanos.

Roguemos, para que haya muchos religiosos y religiosas en nuestro país.

Al margen del capítulo
El tercer Mandamiento

El día del sacerdote

En la ciudad como en el campo, a todos los niños les gusta el domingo. Es el día de descanso, en que la vida de familia es más dulce. Todos han dejado sus vestidos de labor, para vestirse los de fiesta; y, despejado el espíritu de todas las preocupaciones de la semana, puede uno divertirse honestamente en los paseos, en los juegos y en los deportes.

El domingo es el día del sacerdote.

¿No oís, a la madrugada, las campanas de su iglesia, que se ponen a tocar? Allá le tenéis, aguardando a los que tienen necesidad de recibir la absolución de sus faltas, preparando los divinos oficios, y todo lo que precisa para la santa misa.

Se siente dichoso de ver a los fieles acudir para rezar, y para ofrecer, con él, a Dios Padre, al Criador de todas las cosas, su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

En seguida, durante la misa, al ofertorio, leerá el Evangelio, la palabra de Jesús; encomendará, a las oraciones de los asistentes, a los que fueron, a los que duermen tal vez en el pequeño comenterio cercano a la iglesia;

rezará las preces de los difuntos, y, después de cumplido este deber de piadoso recuerdo, dará avisos, publicará las proclamas matrimoniales, indicará las horas de los oficios divinos, i explicará, finalmente, o una página de Evangelio, o un capítulo de catecismo. El domingo es, ciertamente, el día del sactrdote, el jefe de la família espiritual: la parroquia.

Es el Padre, que habla a sus hijos, que les instruye y les sostiene en el bien.

Después de la misa, recibirá, en la sacristía, a los que durante la semana no han podido hablarle; les escuchará, les dará sus consejos, buscará una respuesta oportuna a sus preguntas, y les prometerá ocuparse de algún asunto.

Antes o después del rosario, bautizará a algunos niñitos; luego se ocupará, hasta el anochecer, de los jóvenes reunidos en los patronatos: jugará con ellos, y les reunirá en una sala, para instruirles agradablemente, con proyecciones y con cine.

Al anochecer, si hay algunos enfermos, irá a visitarles; luego, regresará a su casa, y dará gracias a Dios por aquella jornada, tan velozmente transcurrida en el cultivo de las almas.

El domingo es, en verdad, para el sacerdote, un día de intenso gozo.

Hablad confiadamente a vuestros padres

Los deberes de un niño para con sus padres pueden resumirse en pocas palabras: el amor, la obediencia y el respeto. Dulce cosa es, para un niño, amar a su padre y a su madre. Fácil es obedecerles. Respetarles, nada más natural.

Al lado de estos grandes deberes, se añaden otros, igualmente necesarios, igualmente naturales: el deber de la confianza, del abandono, de la lealtad.

Un niño debe decirlo todo a sus padres: les habla de su presente, qué es de su vida escolar; también les habla de lo que será su vida en lo porvenir.

¿Quién de vosotros no tiene proyectos para lo porvenir? Ahora mismo estáis, sin duda, atisbando, pensando, deseando, anhelando algo.

¿Qué seréis, el día de mañana?

¿Arquitecto? ¿ingeniero? ¿marino? ¿militar?, ¿médico?, ¿sacerdote?

Si queréis ser sacerdote, decidlo francamente a vuestros padres, después de haberlo tratado con vuestro confesor.

Es una prueba de confianza, que les daréis. Y es también una prueba de juicio.

Para ser sacerdote, se requieren aptitudes especiales; y vuestro padre y vuestra madre serán los mejores jueces de esas vuestras disposiciones. Ellos os aconsejarán y os guiarán hasta el día en que entréis en el seminario.

Es una gran alegría, para una familia cristiana, cuando Dios se escoge a un sacerdote de entre los niños; y es también un gran honor. Aquel niño, que lleva sus apellidos, multiplicará la hostia sobre el altar, para dar a la muchedumbre Aquel que es el camino, la verdad y la vida. Él anunciará al pueblo la caridad del Evangelio, y dirá, con autoridad: "Amaos los unos a los otros." Toda su inteligencia, todo su corazón, todas sus fuerzas, toda su vida, estarán consagrados al bien de las almas, y, mediante ello, también al bien de los cuerpos.

Asistid, un día, a una ordenación sacerdotal, y, a la salida, mirad al rostro transfigurado de los padres y de las madres de los nuevos sacerdotes, y comprenderéis qué alegría ha de ser, ser padre de un sacerdote, qué sentimiento de honor, para la familia toda entera.

Al margen del capítulo
El quinto Mandamiento

¡Bienaventurados los que dan buen ejemplo!

Cuando Nuestro Señor formaba a sus discípulos, les decía: "Sed vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto", indicándoles, así, que debían servir de ejemplo.

En el estudio del quinto mandamiento, hemos hablado del escándalo, es decir, de todo lo que conduce al mal; y os he recordado la palabra de Jesús: "¡Ay del mundo, por razón de los escándalos!" Pero ¿no puede decirse "Bienaventurados los que dan buen ejemplo"?

También dijo Jesús a sus apóstoles: "Vosotros sois la sal de la tierra." Y ya sabéis que la sal impide la corrupción, que la sal conserva.

Los apóstoles y sus sucesores fueron, verdaderamente, la sal de la tierra; puesto que, gracias a ellos, a sus ejemplos i a la moral que predican, impiden la corrupción de las almas.

¡He aquí la misión de los sacerdotes!

¡Qué de querellas, qué de palabras injuriosas, qué de crímenes no impiden!

A los pequeñines, les enseñan a dominar sus pasiones, a rechazar todo sentimiento de odio, de zelos, de rencor, de venganza, es decir, de

todo lo que contribuye a violar el quinto mandamiento de la ley de Dios. A todos hacen repetir, en la más hermosa de todas las plegarias: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores... y no nos dejes caer en la tentación."

A los que sufren, les presentan la gran esperanza del cielo, y les hacen ver que el sufrimiento tiene algo bueno, meritorio, santificante.

¡Cuántos suicidios han sido impedidos en virtud de su palabra consoladora!

Su vida es también un ejemplo; puesto que lealmente ponen sus acciones en armonía con su fe; gracias a ellos es combatido el terrible azote del escándalo.

¡Oh! ¡qué grande es la misión del sacerdote!

Al margen del capítulo
Los sexto y noveno Mandamientos

Si queréis ser sacerdotes, sed puros

A los que quieran ser sacerdotes, les digo yo: "Fácil os será llegar a serlo, si sois verdaderamente puros. ¿Queréis ser otros Jesús, pues que el sacerdote es otro Cristo? Sed puros."

No siempre, tal vez, viviréis en la calma de vuestros años de infancia; preciso os será querer defender vuestros sentidos, vuestra imaginación, vuestra sensibilidad; si bien lo haréis con mucho gusto.

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios." Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos serán los compañeros de Jesús, que tanto gusta de su compañía. Escuchad lo que decía Bossuet:

"¿Quién podrá expresar la hermosura de un corazón puro?

"Un cristal perfectamente limpio, el oro más fino, un diamante sin tacha alguna, una fuente del todo clara, no igualan, ni con mucho, la hermosura y la limpidez de un corazón puro. Hay que preservarlo de toda inmundicia, principalmente de las que provienen de los placeres de los sentidos, porque una

sola gota de esos placeres enturbia tan hermosa fuente. ¡Qué hermosa, qué arrobadora es esa fuente incorruptible de un corazón puro!

"Dios se complace en mirarse en él, a Sí mismo, en toda su hermosura. Ese hermoso espejo se convierte en un sol, gracias a los rayos que lo penetran: todo él resplandece. La pureza de Dios se junta a la nuestra, obra también de sus manos; y nuestras miradas, purificadas, le verán brillar en nosotros mismos, y relucir con eterna claridad. Bienaventurados, pues, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (1).

Ahora comprendéis por qué Jesús escoge para Sí los corazones puros. Es que sólo ellos llevan a Dios; sólo ellos brillan con la claridad de Dios. Sólo ellos pueden enseñar y practicar la moral evangélica, moral de pureza y de renunciamiento.

Sólo los puros pueden tener en sus manos el cuerpo del Hijo de Dios, de Jesús, Hijo de la Virgen María.

(1) BOSSUET, *Méditations sur l'Évangile*, VII jour.

Al margen del capítulo
Los séptimo y décimo Mandamientos

Más hace un sacerdote que diez jueces

Ya sabéis que las leyes de nuestro país, y las de todos los países, repiten lo que la conciencia y los mandamientos de la ley de Dios proclaman: "No hurtarás"; y, para obligar a los ciudadanos al respeto de esas leyes, existen tribunales, jueces y guardias civiles. ¿Se ha cometido un robo? La justicia inquiere, se busca al culpable, se le mete en la cárcel, se le juzga, y se le castiga.

Es necesario que así sea; y los jueces, y sus auxiliares, desempeñan una función social indispensable: preservan de malhechores a la sociedad.

Pero hay faltas — las faltas de pensamiento — ante las cuales los poderes públicos están desarmados, ante las cuales no pueden nada; y, sin embargo, esas faltas son la causa de los mayores desórdenes y de las más graves injusticias.

La Iglesia tiene un mandamiento que corrobora este otro mandamiento "No hurtarás"; y es éste: "No codiciarás los bienes ajenos."

Ya sabéis qué quiere decir: todo deseo vo-

luntario de apropiarse los bienes del prójimo por medios injustos, es pecado.

La Iglesia, como la sociedad civil, tiene sus letrados, sus jueces, que velan por la observancia de los mandamientos: los sacerdotes; y por medio de ellos se dirige a los culpables, y les obliga a renunciar a sus malos proyectos.

Sin emplear la violencia, sin policías, apelando solamente a la fe de los culpables, les incita al arrepentimiento, a la detestación de esas faltas contra la justicia.

Mientras que la lei civil no puede sino castigar el hecho, la acción, la ley religiosa le impide existir, corta el mal en su raíz; no venga la sociedad, pero la preserva.

¿Comprendéis ahora lo útil de la función del sacerdote en la sociedad? Hace más él solo que diez jueces con todos sus guardias civiles.

Defended a vuestros jefes

Al leer el Evangelio, habréis visto la advertencia que dió Jesús a sus apóstoles: "Se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza a los reyes y gobernadores, por causa de mi nombre; lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio. Por consiguiente, imprimid en vuestros corazones que no debéis discurrir de antemano cómo habéis de responder. Pues Yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos." Después, Jesús predijo a muchos el martirio.

Ya sabéis cómo la predicción de Nuestro Señor se ha realizado a la letra. La Iglesia se ha desarrollado en plena persecución; casi todos los apóstoles dieron su sangre en testimonio de su fe, y millones de cristianos siguieron sus huellas. Contra ellos se pusieron en juego todas las mentiras, todas las calumnias aun las más infames, todos los falsos testimonios. Y ellos se defendieron demostrando simplemente lo que eran: adoradores del único

Dios verdadero, hombres caritativos, pacíficos, almas de una moral sin tacha.

Ya conocéis la historia del martirio de San Lorenzo. Acusado de amontonar riquezas, pidió tres días a su juez para reunirlas todas. Transcurido este plazo, le presentó todos los cojos, los ciegos, los enfermos a quienes socorría, diciendo: "He aquí toda mi riqueza."

La vida de la Iglesia continúa siempre la misma. En los países de misiones, hay todavía la persecución violenta, y todos los años hay mártires. Pero en los otros países, ya no es así. Sin embargo, hay otra forma de ataque: la mentira, la calumnia. De esta manera se procura matar la influencia de los discípulos de Cristo. Se calumnia al Papa, a los Obispos, a los Sacerdotes; y los que quisieran destruir la Iglesia, repiten estas mentiras, imprimiéndolas en sus libros, sus revistas, sus periódicos. Dicen que, a fuerza de mentir, algo quedará de sus mentiras.

Desconfiad de esas calumnias.

Mirad la obra de la Iglesia. El Papa, los Obispos, los Sacerdotes, no tienen necesidad de levantar la voz para defenderse; lo que ellos llevan hecho, lo que están haciendo todavía, habla por ellos. Se ocupan de obras caritativas, consolando a los pobres y buscando la manera de hacer reinar la paz entre los hombres; se pasan la vida instruyendo a los niños sobre sus deberes para con Dios, para consigo

mismo, y para con su prójimo. En las iglesias con sermones, en los patronatos y los círculos de estudios con la buena prensa, repiten siempre la misma doctrina, la misma moral.

Jovencitos, sabed, cuando hay ocasión, defender a vuestros jefes atacados: N. S. Padre el Papa, vuestro Obispo, vuestros Sacerdotes; y sabed, siempre y en todas partes, proclamar el bien que hacen.

Al margen del capítulo
Los Mandamientos de la Iglesia

La legislación de la Iglesia

Ya sabéis que la Iglesia es una sociedad perfecta, que tiene sus leyes, todo como la sociedad civil.

En nuestro país, tenemos el código nacional, conjunto de leyes que nos rigen como ciudadanos. Como católicos, tenemos el código de la Iglesia, que se llama código canónico o derecho canónico. Los artículos de este código son en número de 2.414, número un poco superior al de los artículos de otros códigos civiles. Hay leyes que conciernen a los clérigos, a los religiosos y a los seglares; otras, que miran a los bienes eclesiásticos; otras, que forman el código procesal y el código penal de la sociedad eclesiástica. El estudio de ese código es tan difícil como el estudio del código civil, y requiere igual trabajo.

Los jurisconsultos, los procuradores, los notarios, los abogados, se han pasado años estudiando el código civil. Fueron estudiantes de derecho, y siguieron los cursos de la Facultad de Derecho.

En los seminarios, los futuros sacerdotes siguen cursos donde aprenden la legislación ecle-

siástica. Muchos sacerdotes tienen grados, o de bachilleres, o de licenciados, o de doctores en derecho canónico.

Así, pues, de la misma manera que vais a pedir consejo, sea al notario, sea al procurador, sea al abogado, en lo referente a las cosas de la sociedad civil, de la misma manera podéis ir a consultar al sacerdote en todo lo referente a las leyes de la Iglesia: él os podrá dar razón.

Hojeando la Historia patria (1)

He visto a un estudiante hojear su Historia de...; era un manual, que daba una idea clara de las etapas de nuestra civilización.

Al final de cada período, el autor enumeraba a los grandes hombres que más han contribuído al bien de nuestra patria.

Y le he visto detenerse sobre la página que hablaba de las gestas heroicas de...: la conquista de..., la expedición de..., la guerra de..., la batalla de....

Después, su mirada fué a posarse sobre la larga lista de todos los que fueron útiles a la patria: los inventores..., los ingenieros..., los filántropos....

Siguió aún hojeando, y llegó a los tiempos actuales, a los grandes nombres de los tiempos modernos: N., N., N....

De aquella Historia de... parecía exhalarse una voz que decía: "¡Qué hermosa es la vida, cuando se consagra al bien de sus semejantes, de su patria, de la humanidad toda entera!"

Mira a N.; gracias a él, las grandes epide-

(1) El catequista deberá adaptar las partes libres del discurso a los hechos más ilustres de la Patria en que predica, seleccionándolos según la especial índole ideológica o territorial de cada auditorio.— N. del T.

mias..., en otros tiempos tan mortíferas, son hoy vencidas.

—¿Cómo será tu vida?

Sin duda alguna, que procurarás hacer bien y combatir los males. Pero hay uno terrible, fuente de muchos otros: el pecado.

Mira los males sin cuento, que los vicios, la cólera, el orgullo, la impureza y otros, acarrean al hombre. ¿Quieres tú librar el mundo de esos azotes? Hazte sacerdote, y podrás luchar contra el mal. Al orgullo, le opondrás la humildad; a la avaricia, el desprendimiento de los bienes de la tierra; a la lujuria, la castidad; a la envidia, a la cólera, el amor al prójimo.

El más gran bienechor de la humanidad, es Jesús. Sé tú discípulo de Jesús.

Al margen del capítulo
La Vida sobrenatural

El que da el agua viva

Cuando Jesús se sentó cabe el pozo de Jacob, una mujer se acercó para sacar agua.

Muy admirada, oyó a Jesús pedirle de beber, y le respondió: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?" Y Jesús le dijo: "Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; puede ser que tú le hubieras pedido a él, y él te hubiera dado agua viva... Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que Yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed. Antes el agua que Yo le daré, vendrá a ser, dentro de él, un manantial de agua, que manará hasta la vida eterna." Y la mujer le dijo: "Señor, dame de esa agua, para que no tenga yo más sed."

Esta mujer representa a todas las almas que tienen sed de felicidad, y que andan buscándola por todas partes donde creen hallarla.

Mirad lo que pasa en vosotros. ¿Qué es lo que queréis? ¿Qué es lo que deseáis? Ser felices.

Hay un hombre que reemplaza a Jesús, que habla en nombre de Jesús, y que indica dónde se halla la verdadera felicidad. Es el sacerdote.

La verdadera felicidad — dice — se halla en la vida de Dios, que se da a nosotros. Nuestra alma es como un trozo de cristal, que puede brillar a la luz del sol.

El gran sol de nuestra alma, es Dios; el que pone nuestra alma en unión con el sol, es el sacerdote.

¡Dichosas las almas que buscan y que hallan al sacerdote! ¡Pero dichoso también el sacerdote que encuentra a un alma que busca a Dios!

Al igual que Jesús, el sacerdote debe tener sed de almas.

Al margen del capítulo
La Oración

La oración por el sacerdocio

En aquel tiempo — nos dice el Evangelio — Jesús se fué a una montaña para orar, y se pasó toda la noche orando a Dios. Llegado el día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de entre ellos, y les nombró apóstoles. (LUCAS, VI, 12.)

Así, pues, antes de asociarse definitivamente esos hombres, y de hacer de ellos sus apóstoles, Jesús ora.

Y aún vuelve a orar antes de dejarlos; y en la página evangélica que San Juan nos refiere, en la oración sacerdotal de Nuestro Señor Jesucristo, leemos esto:

"Padre, Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado del mundo. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste, viene de Ti; porque Yo les di las palabras que Tú me diste; y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que Yo salí de Ti, y han creído que Tú me has enviado. Por ellos ruego Yo. No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son... No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal... Santifícalos en la verdad." (JUAN, XVII, 6 y siguientes.)

Jesús es, pues, el primero que oró por los sacerdotes. También es Él, quien nos pide que oremos por ellos.

Algunos meses antes de dejar este mundo, nos recuerda el deber de pedir, a Dios Padre, vocaciones. Él mira la tierra como un inmenso campo cultivado, y a las almas como las espigas de ese campo; y afirma que la siega urge, y que hay pocos trabajadores. Entonces dice: "La mies, a la verdad, es mucha, mas los trabajadores pocos; rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies." (LUCAS, X, 2.)

Ya lo habéis entendido: orar por el reclutamiento sacerdotal, es nuestro deber. También es deber nuestro orar para que los sacerdotes sean verdaderamente la sal de la tierra, otros Jesús en el mundo.

En la liturgia de la Iglesia, la oración por la santificación del sacerdote va acompañada de la súplica por su reclutamiento.

Si alguna vez tenéis la dicha de asistir a una ordenación sacerdotal, leeréis en el librito de las ordenaciones, las hermosas súplicas de la Iglesia por sus sacerdotes.

Durante las Cuatro Témporas que preceden a esas ordenaciones, se os invita a orar especialmente por las mismas intenciones.

Y aun diariamente tenéis el deber de ofrecer

sacrificios y oraciones por el sacerdocio. La hermanita Teresa del Niño Jesús, que a los quince años ya entró en el Carmelo, decía: "Lo que yo vine a hacer en el Carmelo, lo tengo declarado en el examen solemne que precedió a mi profesión: vine para salvar a las almas, y, sobre todo, a fin de orar por los sacerdotes."

Al margen del capítulo
Los Sacramentos

El Intendente de Dios

El sacerdote es el intendente de Dios, quien le ha confiado una parte de su riqueza, para que él la haga fructificar en las almas. Él dispensa la gracia por medio de los sacramentos, canales de la vida divina. Entrad en una iglesia: todo el mobiliario os indicará la acción del sacerdote.

A la puerta de la iglesia veis la pila bautismal, a donde cada niño que acaba de nacer en una familia cristiana, es llevado, para que sobre su frente corra, derramada por el sacerdote, el agua regeneradora.

En las naves véis confesonarios. La penitencia; la tabla de salvación después del naufragio; el segundo bautismo, que devuelve la gracia a los que la han perdido: "Yo te absuelvo de tus pecados", dice el sacerdote.

Llegáis cerca del altar, y piadosamente os arrodilláis ante el sagrario, donde está la Eucaristía. ¿Quién la puso ahí? El sacerdote. Él la tiene a vuestra disposición; y vosotros podéis venir a la sagrada mesa, a recibirla, mientras él os dirá: "Que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna."

Aguardad un poco, y tal vez veréis entrar a

una joven pareja, rodeada de su familia dichosa. Ese joven y esa doncella vienen a cambiarse, ante el representante de Dios, los juramentos que les ligarán por toda la vida.

Pero ¿a dónde va ese sacerdote, que sale precipitadamente a la calle, después de haber tomado los santos óleos? Se va — último consolador, último amigo del moribundo — a administrar la Extremaunción.

¡Oh! ¡Cuánta razón tenía, el santo cura de Ars, al decir: "¿Qué es el sacerdote?

"Un hombre que ocupa el lugar de Dios...

"Un hombre que está revestido de todos los poderes de Dios..."

Cuando veais a un sacerdote, habéis de decir: Ved ahí el que me hizo hijo de Dios, y me abrió el cielo por medio del santo Bautismo; el que me ha purificado, después de mi pecado; el que da el alimento a mi alma."

Es el intendente de Dios, el dispensador de los sacramentos.

Se le puede comparar al siervo a quien el rey ha confiado cinco talentos: el Bautismo, la Penitencia, la Eucaristía, la Extremaunción y el Matrimonio.

Durante su vida terrena, los hace fructificar en las almas.

Dichoso el sacerdote, a quien el Rey de los reyes, Dios, dirá, al darle la recompensa eterna: "Muy bien, siervo bueno y leal, ven a tomar parte en el gozo de tu Señor."

¡Qué hermosa es la vida del sacerdote!

Al margen del capítulo
El Bautismo

Un goce sacerdotal

Y Jesús dijo a sus apóstoles:

"Id, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo."

El Bautismo és la puerta de todos los demás sacramentos; el injerto divino, que nos da la vida misma de Dios.

El sacerdote que bautiza, es como el jardinero que injerta un escaramujo; en adelante, el arbusto producirá las más hermosas flores del jardín.

Entre todos los goces sacerdotales — y los hay muchos más, tal vez, que en ningún otro estado — uno de los más vivos es el de administrar el sacramento del Bautismo.

¿Qué es lo que pretende el sacerdote?

El reino de Dios. Toda su vida está consagrada a la búsqueda de las almas. Busca la perla preciosa, que es una alma en estado de gracia, para ofrecérsela a su divino Dueño.

Cuanto más brillante es la perla, más de ello se alegra. Las almas de niños son las almas privilegiadas de Jesús: Él reposaba de sus fatigas, en su vida mortal, sumergiendo sus mi-

radas en sus ojos claros. Porque las almas de niños reflejan la faz de Dios.

Escuchad las palabras que alternan padrino y madrina con el sacerdote, en el momento del bautizo:

—¿Qué pides a la Iglesia de Dios?

—La fe.

—Y la fe ¿qué te dará?

—La vida eterna.

—Si quieres, pues, entrar en la vida, guarda los mandamientos: amarás al Señor tu Dios, de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo.

Después, este otro diálogo:

—¿Renuncias a Satanás?

—Renuncio.

—¿Y a todas sus obras?

—Renuncio.

—¿Y a todas sus pompas?

—Renuncio.

Aquella almita queda obligada por medio de aquellos que pueden hablar en su nombre.

Una triple afirmación de fe cristiana vendrá a continuación:

—¿Crees en Dios Padre Todopoderoso...?

—Creo.

—¿Crees en Jesucristo, su único Hijo y Nuestro Señor, nacido y muerto por nosotros?

—Creo.

—¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia Católica...?

—Creo.

Sobre la cabeza del infante corre el agua del Bautismo: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo."

En seguida que habrá inscrito en los registros de la parroquia el nombre de aquel infante, el sacerdote dará gracias a Dios de haberle permitido contar un alma cristiana más.

Sobre aquella almita velará, como un pastor sobre un cordero. Más tarde, la instruirá y la preservará, para que delante de Dios brille siempre con el fulgor de su bautismo.

Al margen del capítulo
La Confirmación

El Obispo

Cuando recibisteis el sacramento de la Confirmación, este sacramento os fué administrado por el Obispo, el jefe de la diócesis, escogido por el Papa.

Ya le habéis visto, llevando sobre su cabeza la mitra ornada de bordados de oro; apoyado sobre su báculo de metal dorado, encorbado por arriba, báculo que recuerda el cayado de pastor, y que simboliza su poder. Se os ha dicho que "el Obispo es el sucesor de los apóstoles, y que posee la plenitud del sacerdocio. El sacerdote administra los sacramentos del Bautismo, de la Penitencia, de la Eucaristía, de la Extremaunción, y asiste, como testigo oficial, al Matrimonio. El Obispo, en cambio, no solamente tiene este poder, sino que puede aun comunicar el Espíritu Santo en la Confirmación, y hacer sacerdotes nuevos en el Orden".

¡Quién sabe si un día, a uno de entre vosotros, a quienes él adminstró la Confirmación, le impondrá las manos, confiriéndole los poderes sacerdotales, y haciéndole sacerdote por una eternidad!

Penetraos bien del poder y de la grandeza del Obispo, y sacad vosotros mismos las conclu-

siones que se desprenden de estas consideraciones. El Obispo es aquel que, en una diócesis, tiene derecho a la mayor veneración, a la obediencia más pronta, al respeto más profundo, y también, pues es un padre para con sus diocesanos, a un gran amor filial. Él ocupa el lugar de Dios, como el Apóstol ocupaba el lugar de Cristo. Es enviado por el Papa, como el Apóstol era enviado por Jesús.

Al margen del capítulo
La Penitencia

Algunos pensamientos

"Los pecadores son, y no los justos, a quienes he venido Yo a llamar", decía Jesús; y, para ilustrar sus palabras con imágenes que todos pudieran interpretar, contaba la parábola de la oveja perdida: El Buen Pastor advierte que una oveja le falta, de las cien que posee; se pone a buscarla; y, cuando la ha hallado, se la pone sobre sus hombros, y la vuelve a conducir al aprisco. "Habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia."

Compara al alma pecadora a la dracma perdida: Una mujer poseía diez dracmas; pierde una; enseguida enciende su lámpara, barre su casa, y se pone a buscar, hasta que la halla. Entonces, va a encontrar a sus vecinas, para decirles: "Alegraos conmigo, que ya he hallado la drama que había perdido."

Y cuenta, por fin, la parábola del Hijo pródigo.

Se comprende, según estas parábolas, que Jesús, que durante su vida terreno había dicho a unos pecadores: "Perdonados te son tus pecados", dé a sus apóstoles, y, en su persona,

a todos los sacerdotes, el poder de perdonar las faltas, todas las faltas que pueda uno cometer. "Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros. Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonáreis; y quedan retenidos a los que se los retuviéreis."

¡Oh poder del sacerdote, que, absolviendo al pecador, no hace más que obedecer a Jesús!

* * *

El sacerdote es el médico del alma.

El buen médico tiene sus diplomas. Ha estado trabajando durante largos años. Conoce la anatomía del cuerpo humano, las diferentes enfermedades, la medicina, la cirugía. Sabe dar consejos saludables, indicar los regímenes necesarios.

El sacerdote, el mejor médico de las almas, ha pasado largos años en el seminario, para estudiar el alma humana, sus necesidades, sus enfermedades. Conoce a fondo la teología moral. Sabe lo que hay que aconsejar: si un largo tratamiento, o bien una operación rápida, para alejar el pecado. También posee sus diplomas, firmados por su Obispo.

* * *

El buen médico es un hombre de ciencia, de estudio, de reflexión; un hombre de discreción, obligado al secreto profesional.

El buen confesor es siempre un hombre de

ciencia religiosa. Ausculta el alma, para ver si tiene contrición; interroga, como el médico, para conocer la gravedad del mal. Estudia los casos difíciles, y los medita. Es un hombre de una tal discreción, que debe estar presto a dar su vida antes que revelar el secreto de la confesión.

Es un hombre de abnegación, que va en busca del pecador en el punto mismo de la muerte; que aguarda, en la iglesia, a todos los que quieren purificarse; y que, para cumplir este deber, no ha de tener en cuenta, muchas veces, su salud.

Al igual que Jesús, puede decir: "He venido por los pecadores."

* * *

"Cada sacerdote lleva en sus manos sacerdotales la virtud de la sangre expiatoria de Jesucristo; mediante ese tesoro, puede absolver, y es Jesucristo quien absuelve por él. Aun cuando no hubiese sobre la tierra más que un solo sacerdote, sus manos consagradas contendrían bastantes gracias para perdonar todos los pecados de los hombres." (DESURMONT, *Charité sacerdotale*, I, 361.)

LAS ALEGRIAS DE LA VIDA

En el país del oro, el buscador hurga el suelo, lo excava, lo examina. La fatiga es pesada; el sudor le cae de la frente. De pronto, los ojos se le iluminan de alegría: ha hallado un poco de oro, que brilla en la piedra. La dicha que experimenta, le borra toda pena.

El artista, en su taller, trabaja. El bloque de mármol no ha tomado aún forma bien precisa; solamente se adivina. Bajo su buril, va apareciendo i afirmándose. Sobre los labios del artista se dibuja una sonrisa. Ha creado una obra maestra, sacada de un mármol informe y frío.

Sobre un lecho de dolor, un enfermo se debate contra la muerte; a su alrededor, un médico le está espiando los movimientos; medita; luego, prescribe remedios. La fiebre cede; el enfermo está salvado. Una expresión de felicidad se pinta sobre el rostro del médico, y todo en él indica su contento interior.

El sacerdote que da la absolución, és un buscador de oro, un artista, un médico.

El alma es un oro más precioso que el oro más fino; i él es un buscador de oro, que arranca al alma a la angostura de la tierra, y la desgaja de las ligaduras que la envuelven y ocultan su brillo.

Es un artista, que, con su labor, ofrece a Dios la más hermosa de las obras maestras de la creación: un alma en estado de gracia.

Es un médico, que se inclina sobre el enfermo, y le salva.

¿Habrá entre vosotros buscadores de oro, artistas, médicos?

Al margen del capítulo
La Eucaristía

Algunos pensamientos

"Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo; quien comiere de este pan, vivirá eternamente. Y el pan que Yo daré, es mi carne, para la vida del mundo."

Los judíos, entonces, se entregaron, entre sí, a una violenta discusión.

"¿Cómo puede Éste — dicen — darnos a comer su carne?"

—"En verdad, en verdad os digo que, si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne i bebe mi sangre, en Mi mora, y Yo en él."

Pero bien pronto, en torno de Cristo, no quedaron más que los apóstoles; los oyentes se habían retirado, murmurando:

"Dura es esta doctrina: y ¿quién puede escucharla."

Jesús dijo a los doce: "¿Y vosotros queréis también retiraros?"

—"Señor, ¿a quién iremos? — repuso Pedro. — Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, Hijo de Dios."

Los apóstoles creían en la promesa de la

Eucaristía. Y de su fe dieron ejemplo a los que dudaban o negaban.

Hoy día, en el mundo, los sacerdotes, que han consagrado su vida a Jesús Eucaristía, son los mantenedores, en todos sus actos, de la fe en ese misterio de amor.

* * *

Ya sabéis como, en la noche de aquella cena, a la mesa con sus discípulos, después de haber observado todo lo que estaba prescrito por la ley de la Pascua, Jesús se dió a ellos, por Sí mismo, con sus propias manos, para servirles de alimento.

Sobre el pan, dijo: "Este es mi cuerpo." Y sobre el vino: "Esta es mi sangre." Después, añadió: "Haced esto en memoria mía."

Jesús acababa de fundar el sacerdocio; por eso es, el Jueves Santo, un día de fiesta para el sacerdote.

* * *

¿Por qué Jesús había instituído la Eucaristía? Para quedarse con nosotros; para incorporarnos a Sí. Seguid escuchándole:

"Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en Mí no lleva fruto, lo cortará; y a todo aquel que diere fruto, lo podará, para que dé más fruto.

"Permaneced en Mí, que Yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede

de suyo producir fruto, si no está unido con la vid; así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo.

"Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos. Quien está unido conmigo, y Yo con él, ese da mucho fruto; porque, sin Mí, nada podéis hacer."

¿Quién dará a los sarmientos vida? ¿quién los unirá a la verdadera vid, Cristo? El sacerdote, que cada día, sobre el pan y sobre el vino, dice: "Este es mi cuerpo; esta es mi sangre." Con el sacerdote, es fácil estar unido a Jesús.

LA PRIMERA MISA

Fué en el Cenáculo, donde tuvo lugar. Los sacrificios antiguos se desvanecieron ante el Cordero de Dios, dispuesto para el sacrificio de la cruz; y Jesús tuvo buen cuidado de subrayar la identidad de la Eucaristía con la oblación cruenta del Calvario por el rescate de los hombres. "Este es mi cuerpo — dijo —, que por vosotros es entregado. Esta es mi sangre, que será derramada por vosotros."

Y los primeros sacerdotes de Jesús comulgaron en aquella primera misa.

* * *

Todos los días, en el altar, el sacerdote ocupa el lugar de Jesucristo. Delante de la cruz que evoca los horrores del Calvario, y en nombre del Maestro, dice: "Este es mi cuerpo; esta es mi sangre."

"El sacerdote es ministro de Dios, y usa de palabras de Dios por el mandamiento y ordenación de Dios: mas Dios es allí el principal autor y obrador invisible, al cual está sujeta cualquier cosa que quisiere, y le obedece a todo lo que mandare." (IMITACIÓN, IV, 5.)

* * *

"El sacerdote, vestido de las sagradas vestiduras, tiene lugar de Cristo, para rogar humilde y devotamente a Dios por sí y por todo el pueblo.

"Él tiene la señal de la cruz de Cristo ante sí y detrás de sí, para que de continuo tenga memoria de su pasión.

"Ante sí, en la casulla, trae la cruz, porque mire con cuidado las pisadas de Cristo, y estudie de seguirle con fervor.

"Detrás también está señalado de la cruz, porque sufra con paciencia, por amor de Dios, cualquier adversidad o daño que otros le hicieren.

"La cruz lleva delante, porque llore sus pecados; y detrás la lleva, porque llore por compasión los ajenos, y sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni de ofrecer el santo sacrificio, hasta que merezca alcanzar gracia y misericordia.

"Cuando el sacerdote celebra, honra a Dios

y alegra a los angeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, y da reposo a los difuntos, y hácese particionero de todos los bienes." (IMITACIÓN, IV, 5.)

* * *

"¡Oh, cuán grande y venerable es el oficio de los sacerdotes, a los cuales es otorgado consagrar al Señor de la Majestad con palabras santas, y bendecirlo con sus labios, y tenerlo en sus manos, y recibirlo con su propia boca, y ministrarlo a otros!" (IMITACIÓN, IV, 11.)

* * *

Todos los cristianos forman una gran familia y poseen un rico tesoro: las riquezas espirituales. Cada misa celebrada en este mundo, agranda, todos los días, ese tesoro.

Los sacerdotes son los únicos administradores de las riquezas espirituales de todo el mundo.

* * *

Así como el padre de familias distribuye el alimento a sus hijos, así el sacerdote da a las almas el alimento espiritual de la sagrada Comunión.

"Que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna."

Cuando el cura de Ars acababa de dar la Comunión, pensaba que los que habían recibido a Jesús, se llevaban consigo el cielo a su casa.

Dijo, un día, que los que comulgaban, "eran tan afortunados como los Magos, si hubiesen éstos podido llevarse consigo al Niño Jesús". El sacerdote hace más que María en la cuna: nos da el Señor, para que nos le llevemos.

* * *

Antes del último viaje de la tierra al cielo, el sacerdote nos pone en comunicación con Jesús y, al dar el Viático, dice: "Recibe, hermano, el Viático del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, el cual te guarde del enemigo maligno, y te conduzca a la vida eterna."

El sacerdote es quien hace brillar la última esperanza.

Al margen del capítulo
La Extremaunción

El último amigo

Los infelices, los enfermos, los agonizantes tienen un amigo; y un amigo que no les abandona jamás, i que está siempre a su disposición. Es un hombre que ha elegido voluntariamente la compañía de los que sufren.

Ya lo habéis adivinado: es el sacerdote.

He aquí el cuadro que del sacerdote, último amigo de los moribundos, trazaba el cardenal Verdier, antes de su elevación a la sede de París:

"Se le notifica que un enfermo le llama, cualquiera que sea el punto de la parroquia, y he aquí que al instante se pone en marcha. Se dirige al barrio más apartado; sube la escalera más sombría y más fétida; entra en una habitación donde reina el desorden, de donde emanan olores repugnantes. Entra con la sonrisa en los labios; y no una sonrisa de alegría, sino una sonrisa de compasión y de amistad. Se acerca al pobre enfermo, le toma la mano, conversa con él, le deja contar todas sus penas y todos sus trabajos, sin contar los minutos que pasa a su lado. Y después le da algunos consejos; las más de las veces, le deja alguna

limosna, o, cuando menos, el socorro de una palabra reconfortante, que de algo le será útil, tal vez, para el restablecimiento de su salud.

Y cuando la muerte se acerca, le veréis aún, a ese sacerdote de la parroquia, volver a emprender el camino de la casa del dolor, como hiciera Nuestro Señor, cuando el centurión, o cuando Jairo, el jefe de la sinagoga, le pedían que fuera a curar a sus enfermos y a alejar de ellos la muerte. Pero ¿se ve, él, acogido con el mismo afecto? ¿Quién de vosotros no ha presenciado el triste espectáculo del sacerdote reducido a pasar por entre las miradas inquietas, y aun a menudo malévolas, de aquellos a quienes va a visitar? Después de todo ¿por qué va? ¿Es acaso, aquel hombre que agoniza, su padre, su hermano, su amigo? No, es un desconocido; y un desconocido que tal vez le insultó o calumnió; y que, a lo mejor, en cuanto se le encuentre delante, tal vez le dirá:

"Y ¿a qué ha venido usted? ¡Déjeme en paz!"

Va, porque tiene fe, porque sabe que es preciso salvar a aquel hombre, aunque sea a última hora, aunque sea en el último minuto. Le lleva palabras de paz y de consuelo en nombre de Dios, y como hombre que tiene, en el fondo de su corazón, sentimientos humanitarios, y que se hace cargo de las congojas y de los temores de aquel con quien habla, al propio tiempo que tiene conciencia de sus sufri-

mientos. Y ved ahí por qué el sacerdote más humilde sabe hallar las palabras oportunas; y a menudo, después de haber temido la visita del sacerdote, acaba ésta con un suspiro de consuelo y con un sonreir de felicidad; porque aquel que tal vez no creía, o pensaba no creer apenas, tiene ahora vislumbres de fe, de esperanza, de amor, que se le han revelado; y re aquí que sobre él ha descendido un rayo de luz, una visión de paraíso.

Ved ahí cómo es, el sacerdote, el buen pastor, el que viene en nombre del Señor, el que viene a vosotros en nombre de Nuestro Señor."

Al margen del capítulo
El Matrimonio

La vocación

Tal vez estáis ya siguiendo el camino trazado por vuestro padre, y pasando la vida ocupados en sus quehaceres. Está bien.

Tal vez pensáis que os gustaría ser soldados y consagrar toda vuestra vida a la Patria; sin duda no os faltarán ejemplos en vuestra familia.

Tal vez deseáis ser útiles a vuestro país, trabajando en la industria, en el comercio...

En todas esas profesiones podéis hacer la voluntad de Dios, y llegar a vuestro fin: el cielo.

Pero hay, entre vosotros, quien tiene una ambición más alta, que quiere esparcir el bien a su alrededor.

Los unos seréis médicos, y consolaréis los cuerpos abatidos por la enfermedad. Curaréis a los que sufren. Haréis renacer la sonrisa en los que lloran. Cirujanos hábiles, salvaréis la vida a los que, sin vosotros, debieran fatalmente morir.

Seréis abogados, aconsejando y defendiendo a los acusados; y ayudaréis también a levantarse a los que han caído en algún delito.

Todo esto está muy bien. Llevaréis una vida honrada y caritativa.

Pero, ¿y vosotros, que me estáis mirando atentos, esperando que pronuncie la palabra que cifra vuestros ensueños? ¿en qué pensáis?... Pensáis en el sacerdocio.

Sí, seréis sacerdotes, y, gracias a vosotros, muchas almas conocerán a Dios. Cada día tendréis en vuestras manos el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y lo daréis a los fieles.

En nombre de Él hablaréis.

Como Él perdonaba, así también perdonaréis.

Haréis brillar en los ojos de los moribundos la gran esperanza de un cielo.

Predicaréis la caridad de Jesucristo. Gracias a vosotros, habrá más fe, más esperanza, más amor sobre la tierra, y más elegidos en el cielo.

Hojeando el Evangelio

I. — El Orden

Jesús prepara a sus sacerdotes. — Vocación de Pedro y de Andrés, de Santiago y de Juan:

"Desde entonces empezó Jesús a predicar y decir:

—Haced penitencia, porque está cerca el reino de los cielos.

Caminando por la ribera del mar de Galilea, vió a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando la red en el mar, pues eran pescadores; y les dijo:

—Seguidme a Mí, y Yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres."

Al instante, los dos, dejadas las redes, le siguieron.

Pasando más adelante, vió a otros dos hermanos: Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, remendando sus redes en la barca, con Zebedeo su padre, y los llamó. Ellos también al punto, dejadas las redes, le siguieron." (Mateo, IV, 17-20.)

Distingue a sus discípulos, y les confiere una misión. — "Subiendo Jesús a un monte, llamó

a Sí aquellos que le plugo; y, llegados que fueron, escogió doce, para tenerlos consigo, y enviarlos a predicar, dándoles potestad de curar enfermos y expeler demonios." (MARCOS, III, 13-15.)

Jesús ordena a sus sacerdotes. — "Después tomó el pan, dió gracias, lo partió y dióselo, diciendo:

—Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros: haced esto en memoria mía." (LUCAS, XXII, 19).

Después de la resurrección. — "Aquel mismo día, siendo ya tarde, y estando cerradas las puertas, donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús, y, apareciéndose en medio de ellos, les dijo:

—La paz sea con vosotros.

Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Senyor, el cual les repitió:

—La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros.

Dichas estas palabras, alentó hacia ellos, y les dijo:

—Recibid el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonáreis; y quedan retenidos a los que se los retuviéreis." (JUAN, XX, 19-23).

Los apóstoles, a su vez, confieren el sacramento del Orden. — Para reemplazar al traidor Judas, los apóstoles escogieron a Matías.

Pedro dijo a sus hermanos:

"—Es necesario que, de estos sujetos que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que Jesús, Señor nuestro, conversó entre nosotros, empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de nosotros se subió, uno sea, como nosotros, testigo de su resurrección.

Con esto, pusieron a dos: José, llamado Barsabás, y por sobrenombre el Justo, y a Matías.

Y, haciendo oración, dijeron:

—¡Oh Señor! Tú que ves los corazones de todos, muéstranos cuál de estos dos has destinado a ocupar el puesto de este ministerio y apostolado, del cual cayó Judas por su prevaricación para irse a su lugar.

Y, echando suertes, cayó la suerte a Matías, con lo que fué agregado a los once apóstoles." (HECHOS, I, 21-26).

Ordenación de los diáconos. — "Por aquellos días, creciendo el número de los discípulos, se suscitó una queja de los griegos contra los hebreos, porque no se hacía caso de sus viudas en el servicio diario. En atención a esto, los doce, convocando a todos los discípulos, les dijeron:

—No es justo que nosotros descuidemos la palabra de Dios, por tener cuidado de las me-

sas; por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de inteligencia, a los cuales encarguemos este ministerio. Y con esto podremos nosotros emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la palabra.

Pareció bien esta propuesta a toda la asamblea, y así nombraron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe, y a Prócoro, a Nicanor y a Timón, a Pármenas y a Nicolás, prosélito antioqueno. Presentáronlos a los apóstoles, los cuales, haciendo oración, les impusieron las manos." (HECHOS, VI, 1-6.)

* * *

La Meditación de un joven

Padre nuestro, que estás en los cielos, yo creo que soy verdaderamente hijo vuestro, y que la vida es el camino que me conduce hasta Ti.

Este camino es difícil; necesito un guía. Y este guía, Jesús lo tiene ya establecido. Antes de volverse a Ti, tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, confirió todos sus poderes a sus apóstoles. Pero éstos debían desaparecer, y la sociedad cristiana tenía necesidad de jefes. En tu nombre, pues, y siguiendo tus mandatos, establecieron sacerdotes, que vinieron a ser los jefes indispensables del pueblo cristiano. Los

sucesores de los apóstoles, los obispos, herederes de los mismos poderes, continuan su obra, y, por medio del sacramento del Orden, consagran, a su vez, sacerdotes.

El sacerdote es, pues, el representante de Dios, el guía de las almas, el que indica el camino del cielo.

Resolución. — Cuando veré a un sacerdote, procuraré acordarme que es un jefe, un guía, y que lleva la señal indeleble del sacramento del Orden.

Petición. — "Dios mío, manda jefes a tus fieles.

"Dios mío, mándanos sacerdotes.

"Para que nos enseñen el catecismo, Dios mío, mándanos sacerdotes.

"Para que nos perdonen los pecados, Dios mío, mándanos sacerdotes.

"Para que nos pongan sobre el altar el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor, Dios mío, mándanos sacerdotes."

Cómo Jesús llama a sus primeros sacerdotes. — Fué después de su ayuno, de cuarenta días en el desierto, cuando Jesús se escogió apóstoles.

Sabía que debía morir sobre la cruz para salvar el mundo. La palabra "salvar", salvamento, indica una acción laboriosa y difícil.

Llama primero a los pescadores. Por medio de sus redes, el pescador se esfuerza en sacar del agua los peces del lago.

El apóstol tendrá la misma tarea, igualmente laboriosa, igualmente penosa: será pescador de hombres, esforzándose en sacarlos del mal.

"Seguidme a Mí, y Yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres." Jesús indica bien claramente la misión que reserva a aquellos a quienes llama junto a Sí.

Esta misión es en todo semejante a la de Jesús, venido para hacer la voluntad de su Padre, para salvar a los que se pierden. La obra de los apóstoles es, pues, de colaborar con Cristo.

Al llamarles, les presenta el ideal sacerdotal: trabajar en la santificación de las almas.

Lo que Jesús pidió a sus primeros sacerdotes. — El Evangelio nos indica lo que Jesucristo exigió de sus primeros sacerdotes: el abandono de sus redes, de su barca, de las hermosas riberas del lago, de su casa, es decir, el *desinterés* más completo.

El apóstol no quiere más que una cosa: la gloria de Dios y la salvación de las almas. El dinero, los hombres no cuentan, para él. Este desinterés le permitirá aceptar alegremente los sufrimientos del apostolado: "Si alguno

quiere venir en pos de Mi, niéguese a si mismo, y cargue con su cruz, y sígame."

Porque el que quiere continuar la misión de Cristo sobre la tierra, debe atenerse a seguir la misma suerte: "No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo."

También les exige un gran amor: "Quien ama al padre o a la madre más que a Mi, no merece ser mío."

Finalmente, les pide que rueguen al Padre celestial, para que infunda a muchos el deseo de ser apóstoles, es decir, sacerdotes: "La mies es verdaderamente mucha; mas los obreros, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe a su mies operarios."

Lo que Jesús ofreció a sus primeros sacerdotes. — Nuestro Señor ofreció a sus primeros sacerdotes, los apóstoles, su poder.

Dice al paralítico y a la Magdalena: "Perdonados te son tus pecados"; y prueba, con milagros, que tiene este poder. Y a sus apóstoles, y, en sus personas, a sus sucesores, les dice: "Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonáreis, etc...."

Convierte el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre, y añade: "Haced esto en memoria mía."

Predica el reino de Dios, y envía a sus apóstoles a esparcir su doctrina através del mun-

do: "Id, pues, e instruid a todas las naciones, etc..."

El apóstol, es, pues, el colaborador de Cristo. El apóstol debe continuar su misión en todos los siglos: "Yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos."

Jesús está siempre con sus sacerdotes.

Lo que decía el cura de Ars en su catecismo sobre el sacramento del Orden

—Hijos míos, estamos en el sacramento del Orden. Es un sacramento que parece no interesar a ninguno de vosotros, y, sin embargo, interesa a todo el mundo. Este sacramento eleva al hombre hasta Dios. ¿Qué es el sacerdote? Un hombre que ocupa el lugar de Dios, un hombre que está revestido de todos los poderes de Dios. "Ve,—dice Nuestro Señor al sacerdote;—como mi Padre me envió, así te envío también a ti... A Mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Ve, pues, e instruye a todas las naciones... El que te escucha a ti, me escucha a Mí; y el que te desprecia a ti, a Mí me desprecia."

Cuando el sacerdote perdona los pecados, no dice: "Dios te perdona." Sino que dice: "Yo te absuelvo." En la consagración, no dice: "Este es el cuerpo de Nuestro Señor." Sino que dice: "Este es mi cuerpo."

San Bernardo nos dice que todo nos ha venido por María; también puede uno decir que todo nos ha venido por el sacerdote: sí, todos los bienes, todas las gracias, todos los dones celestiales.

Si no tuviésemos el sacramento del Orden, no tendríamos a Nuestro Señor. Y si no, ¿quién es el que le ha puesto allá, dentro de ese sagrario? El sacerdote. ¿Quién es el que recibió vuestra alma a su entrada en la vida? El sacerdote. ¿Quién la nutre, para darle valor para hacer su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la prepara a parecer delante de Dios, lavándola, por última vez, en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llega a morir, ¿quién le restituirá la calma y la paz? También el sacerdote. No podéis recordar un solo beneficio de Dios, sin encontrar, al lado de ese recuerdo, la imagen del sacerdote.

Idos a confesar con la Santísima Virgen o con un ángel: ¿os absolverán? No. La Santísima Virgen no puede hacer descender a su divino Hijo en la hostia. Aun cuando tuviérais doscientos ángeles, no podrían absolveros. Y un sacerdote, por humilde que sea, lo puede; él puede deciros: "Vete en paz; yo te perdono." ¡Oh! el sacerdote es algo grande (1).

(1) *Le Curé d'Ars dans ses Catéchismes*, Abbé MONIN, p. 117, Téqui.

UNA CONVERSACION SOBRE EL SACRAMENTO DEL ORDEN

Cuando estudiábamos la Iglesia, dijimos que, entre los fieles y Dios, había intermediarios necesarios. Recordad el pequeño esquema que trazamos: Dios; debajo de Dios, el Papa, los Obispos; después, los sacerdotes; y, por último, los fieles. Estos intermediarios fueron puestos por Nuestro Señor Jesucristo para conducirnos hasta su Padre; y con este objeto instituyó un sacramento, el Sacramento del Orden.

Observad que este sacramento no será patrimonio sino de algunos. No es como los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación, de la Penitencia, de la Eucaristía, de la Extremaunción, que afectan a todos los fieles, puesto que responden a necesidades del individuo, del hombre tomado en particular. El sacramento del Orden ha sido instituído para dar jefes a la sociedad religiosa, así como el matrimonio para permitir a la sociedad el sobrevivirse.

Ya comprendéis el sentido de esta palabra: jefe. El padre es el jefe de la familia; el amo, del taller; el oficial, de sus soldados; el alcalde, de la ciudad. Estos jefes tienen el derecho de mandar; tienen la autoridad y los poderes necesarios. Vamos a ver cómo, en la

Iglesia, Jesús instituyó jefes. Y podemos reconocerles, puesto que han recibido un distintivo: el sacramento del Orden.

¿En qué consiste este sacramento?

He aquí la respuesta del Catecismo: El Orden es un sacramento que confiere el poder de ejercer las funciones eclesiásticas, y la gracia de ejercerlas santamente.

Expliquemos las palabras "Orden, sacramento, funciones eclesiásticas", que os permitirán entender la definición.

La palabra "orden" puede significar una armoniosa disposición de las cosas. Entro en una casa bien arreglada, cuyos muebles están dispuestos con cuidado, y digo: "En este aposento hay orden."

No es éste el sentido que hay que dar a la palabra "orden", en la definición. Esta palabra significa que los que han recibido este sacramento, están colocados en una categoría a parte, o, si queréis en un orden o jerarquía, más elevado que los fieles. Indica también los diferentes grados que hay que recorrer para llegar al presbiterado.

Antes de ser coronel o general, un oficial ha pasado por diferentes grados. Ha sido suboficial, oficial, capitán, comandante, etc....; ha pasado diferentes grados, que le han conducido al grado mayor de general, completando así su carrera militar.

Un sacerdote no ha recibido solamente el

presbiterado, sino que ha tenido que recorrer diferentes grados, los cuales, en un momento dado, le han permitido ser elevado a la jerarquía de presbítero. Ha seguido un orden que ha culminado en el presbiterado.

El conjunto de estos grados se llama el sacramento del Orden. Hoy por hoy, sólo interesa notar que hay siete grados o siete peldaños: cuatro grados llamados órdenes menores, y tres grados llamados órdenes mayores.

El Orden es un sacramento. En todos los sacramentos hay la institución por Nuestro Señor, el único que tiene el poder de vincular la gracia a un signo. Ya lo vimos en el Bautismo, por ejemplo.

Nuestro Señor preparó la institución del sacramento del Orden. El mismo escogió, de entre los discípulos, a doce apóstoles, a quienes estuvo formando durante tres años.

Leed la página de Evangelio que podemos llamar "Vocación de Pedro y de Andrés" (Mateo, IV, 18-23.)

Ya habréis observado en él cómo Jesús les separa de todo lo que hasta entonces les tenía prendidos: el lago, de hermosas ondas azules; su barca, con sus redes; su padre. Es una vida nueva, la que Él les propone, y que ellos aceptan de todo corazón.

Jesús los quiere únicamente para Sí: "Seguidme a Mí."

Y les indica el nuevo objeto de su vida: serán pescadores de hombres, es decir, pescadores de almas.

¿Cómo? ¿Por qué medios llegaran a pescar almas? Desde luego, recibirán el sacramento del Orden. Escuchad este hermoso relato. Jesús va a dar, en la Eucaristía, su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad; toma pan y vino: "Este es mi cuerpo; esta es mi sangre." Por este medio tendrán vida las almas, y se salvarán.

Pero Jesús va a morir en el Calvario. ¿Quién dará, pues, la Eucaristía a las almas?

¿Quién? Los apóstoles.

Y Jesús añade: "Haced esto en memoria mía." Jesús acaba de ordenar a sus apóstoles.

También les completará los poderes.

Después de su resurrección, se les aparece: "La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros."

Dichas estas palabras, alentó hacia ellos, y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis; y quedan retenidos a los que se los retuviereis.

Los apóstoles son los continuadores de Cristo. Y, como que Jesús les ha dicho: "Yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos", ellos deducen que les manda ordenar a otros sacerdotes, que continuarán su obra.

Y así vemos que reemplazan al traidor Ju-

das, y que ordenan diáconos y presbíteros.

Este poder, de conferir el sacramento del Orden, pasa a los Obispos, los sucesores de los apóstoles. Toda la historia de la Iglesia nos lo enseña. Por esto debéis mirar a todos los sacerdotes como continuadores de Cristo.

De eslabón en eslabón, nos remontamos a los apóstoles, a Nuestro Señor; la cadena jamás se ha roto.

Y ahora, una pregutna: ¿Y cómo confieren, los obispos, este sacramento?

Pues imponiendo las manos (diaconado, presbiterado, episcopado), y haciendo tocar diferentes objetos del culto, que sirven para el Orden que se confiere. También pronuncian, al mismo tiempo, ciertas palabras.

Al que recibe el orden del ostiariado, el obispo le presenta las llaves de la Iglesia; al lector, le presenta el misal; al exorcista, el libro de los exorcismos; el acólito, el candelero, con su cirio, y las vinageras; al subdiácono, el cáliz y la patena vacíos.

Imponen las manos a los diáconos, y les hacen tocar el libro de los Evangelios; a los presbíteros, les imponen las manos, y les hacen unciones sobre las manos. También les presentan el cáliz, pero conteniendo vino, y la patena con su hostia.

Más allá, ya os explicaremos estas ceremonias, a las que podéis asistir en la catedral.

El sacramento del Orden produce efectos:

permite cumplir con las funciones eclesiásticas, y da la gracia para ejercerlas santamente.

¿Cuáles son, pues, estas funciones?

Transportaos, con el pensamiento, a una iglesia. ¿Qué véis allí? Un altar. ¿Qué hace, el sacerdote, en el altar? Ofrece el Santo Sacrificio de la misa.

El sacerdote tiene, pues, este poder; y lo tiene en virtud del sacramento del Orden.

¿Qué véis, también, en la iglesia? Un confesionario. ¿Qué hace, el sacerdote, en el confesionario? Perdona los pecados.

¿Qué véis, todavía? Un púlpito, desde el cual el sacerdote enseña la palabra de Dios.

Y también una pila bautismal, donde el sacerdote bautiza.

¿Véis a este sacerdote, que sale de la iglesia llevando el Viático? ¿A dónde va? Va a algún enfermo, para administrarle la última Comunión y la Extraunción.

Si ahora yo os preguntara: "¿Qué es lo que distingue al sacerdote de los demás hombres?", me diríais: "Que no va vestido como los demás."

Es verdad. Pero lo que le distingue sobre todo, es el carácter imborrable; sello impreso por el Orden en su alma; sello, que nada puede hacer desaparecer. El sacerdote, lo es por toda la eternidad.

II. — Cómo se llega a sacerdote

La Meditación de un joven

El sacerdote es el continuador de Nuestro Señor Jesucristo; y es Jesús mismo quien se escoge sus sacerdotes. El puede decir a todos: "No me elegistéis vosotros a Mí; sino que Yo soy el que os he elegido a vosotros."

¡El llamamiento de Dios! Si, Dios habla al alma. Durante su vida mortal, Jesús se detenía delante de un hombre, le miraba, y le decía: "Ven sígueme." Los apóstoles le siguieron en Galilea, en Judea, y por todas partes donde El les mandaba ir. Dios habló también a todos los santos sacerdotes que sucedieron a los apóstoles; y a los que ejercen actualmente, les ha dicho Jesús; "Venid, seguidme." Y lo dice también a ciertas almas de muchachitos antes de su primera comunión, y también después de aquel hermoso día; y se lo dice después de una fervorosa oración, después de un sacrificio, después de unos ejercicios. Dios se sirve de todos los medios, para llamar: un sermón, un catecismo, una palabra dicha en clase, un aviso en confesión.

¿Habrá hablado ya a alguien de vosotros? Tal vez. ¿Le hablará pronto? También puede ser. ¿Está llamando, Dios, en este momento a alguna alma? Quizá... "Voy, Señor!", han respondido todos los sacerdotes. A otros, ¡ay! les ha faltado valor, y no han respondido; se le han alejado.

Resolución.—Dios mío, yo os prometo rogar, para que vuestro llamamiento sea escuchado.

Cada día haré una oración por la obra de las vocaciones. Si tuviese la dicha de oír a Jesús decirme "Ven", le respondería: "Voy, Señor."

Petición. — Santa María, Reina del clero, rogad por nosotros.

Cuando Dios llama. — El niño Samuel dormía en el vestíbulo, cerca del aposento del sumo sacerdote Helí.

Una noche, una voz se dejó oír: "¡Samuel, Samuel!" El niño se levanta, y va a encontrar al sumo sacerdote: "Heme aquí, ya que me has llamado." "Hijo mío, yo no te he llamado; vuélvete a dormir."

Apenas está en su lecho, cuando la voz le llama de nuevo. Vuelve al sumo sacerdote, quien le remite de nuevo.

Tercera vez resonó la misma voz.

Samuel volvió otra vez a Helí. Este reflexionó, y le dijo: "Vete a dormir; y, si te llamare otra vez, responderás: Hablad ¡oh Señor!, que vuestro siervo os escucha."

Así lo hizo Samuel; y Dios le habló. El

niño Samuel se halla en condiciones para oir a Dios. Vive en la paz del templo, y es formal y laborioso.

Reza mucho. Un niño que imite a Samuel, podrá oír a Dios.

El llamamiento de Dios se repite. El niño no alcanza, de pronto, el sentido del llamamiento divino. Los que cuidan de él, dudan, aguardan, antes de pronunciarse.

Samuel se confía al sumo sacerdote.

El niño que crea oír el llamamiento de Dios, deberá consultar a su confesor; y no desanimarse, si éste no responde en seguida conforme a sus deseos.

Desde el momento en que le diga el sacerdote "Es la voz de Dios", el niño deberá obedecer, y decir de todo corazón: "Hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha."

El ejemplo de Jesús. — Siendo Jesús ya de doce años, subió con María y José a Jerusalén.

Los tres oraron en el templo. Acabados aquellos días, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen.

Persuadidos de que venía con algunos de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera, buscándole entre los parientes y conocidos.

Mas, como no le hallasen, retornaron a Jerusalén, en busca suya.

Al cabo de tres días, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, que ora les escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían, quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas.

Al verle, pues, quedaron maravillados, y su madre le dijo:

—Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando.

Y El les respondió:

—¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que Yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?

Cuando un niño ha oído el llamamiento de Dios, que suavemente le dice "Tú serás mi sacerdote", puede decir, como Jesús: "Yo debo emplearme en las cosas de mi Padre, que está en los cielos."

Sueñen otros niños en risueñas perspectivas: serán comerciantes, ingenieros, constructores, arquitectos. Ganarán mucho dinero.

Tal vez los padres dirán al niño que se siente con vocación: "Hijo mío, tú debieras aspirar a una buena posición, rica, envidiada, fácil. La vida del sacerdote se parece demasiado a la de Jesús: contradicciones, burlas, luchas, mortificaciones continuas, que nos hacen temer por ti. Debieras aspirar a una posición envidiable en la sociedad.

Pero el niño responderá: "Yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre, que está en los cielos."

Los que no responderán al llamamiento.— En su Evangelio, San Lucas relata el llamamiento, sin resultado, hecho a un joven rico. Se aproxima a Jesús: "Buen Maestro, ¿qué podré yo hacer, a fin de alcanzar la vida eterna?"

Jesús le responde que siguiendo los mandamientos. El joven los ha guardado hasta aquí.

Entonces Jesús intenta atraerse aquel joven, y le invita a seguirle: "Todavía te falta una cosa: vende todos tus haberes, y dalos a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, y sígueme."

Mas, al oir esto, entristecióse el joven, y partió.

Jesús exigía el desinterés más absoluto; ofrecía una vida de pobreza, de fatigas, de penas; una vida entregada a las contradicciones, tal vez al mismo martirio.

El alma del joven no era bastante fuerte; quería gozar, y se acobardó.

La historia se repite.

Los que respondieron al llamamiento. — Los apóstoles habían respondido al llamamiento; y, cuando vieron al joven rico alejarse de Jesús, Pedro tomó la palabra:

—Maestro, bien ves que nosotros hemos dejado todas las cosas, y seguídote.

Díjole Jesús:

—En verdad os digo, ninguno hay que haya

dejado cosa, o padres, o hermanos, o esposa, o hijos, por amor del reino de Dios, el cual no reciba mucho más en este siglo, y en el venidero la vida eterna.

No gustaron los apóstoles pocos consuelos durante los años que pasaron con Jesús. Pedro decía, cuando el Maestro le preguntaba "¿Y vosotros queréis también retiraros?": "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna"; y en la alegría causada por la Transfiguración de Cristo, exclamaba: "Señor, bueno es estarnos aquí."

Todos los sacerdotes experimentan estas consolaciones; todos abrigan grandes esperanzas; todos aman a este divino Maestro, en quien tienen puesta su confianza.

Saben que Jesús es fiel a sus promesas; y que al fin de su vida les aguarda la recompensa. No temen la muerte; antes repiten, con el apóstol: "Deseo morir, para estar unido a Cristo."

SEGUNDA CONVERSACION SOBRE EL SACRAMENTO DEL ORDEN

CÓMO SE LLEGA A SACERDOTE

Hoy, como antes, Dios hace oir su llamamiento a cierto número de almas

Podemos resumir la lección precedente, sobre el sacramento del Orden, con estas pocas

palabras: Jesucristo instituyó el sacramento del Orden. Sus apóstoles fueron sus primeros sacerdotes; los sacerdotes de hoy día continúan la obra de los apóstoles.

Mas, de pronto, ocurre una pregunta: "¿Quién puede llegar a sacerdote?" Respondemos: "Hoy, como antes, Dios hace oir su llamamiento a cierto número de almas. Más aún: algunos niños del catecismo lo han oído ya, o van a oirlo luego. Sería un error creer que el llamamiento de Dios es una excepción. A muchos, Dios les dice, en la intimidad del alma: "Ven, sígueme; tú serás pescador de hombres." Algunos responden gustosamente: "Héme aquí." Otros se alejan, como el joven de que nos habla el Evangelio.

Sin duda que Jesús no obra ya directamente, como entonces con sus apóstoles; pero obra suavemente sobre el alma. Y cuando el obispo constata las señales reveladoras de vocación, él llama oficialmente, en nombre de Dios.

Las señales de vocación. — Estas señales se encuentran en el propio sujeto:

a) El cuerpo no debe tener enfermedades tales que impedirían el ejercicio de las funciones sagradas: tal sería el caso de un ciego, de un sordo, etc.

b) El alma. La vocación sacerdotal exige cualidades de inteligencia, de juicio seguro y prudente. Más tarde diremos el lugar que ocupa

el sacerdote en la sociedad. Así es que unas facultades del alma disminuídas alejarían del sacerdocio.

Además, hay que examinar la intención del aspirante al sacerdocio.

—Yo quiero ser sacerdote—dice un niño.

—¿Y por qué?

—Porque me gustan las ceremonías de la Iglesia, la vida de sacerdote; porque quiero hacer como Jesús, como los apóstoles: pescar almas, como hacía Jesús: trabajar en las mies de Dios; entrar muchas haces de almas en los graneros del Padre celestial.

—Pero, hijo mío, Cristo sufrió; su retrato más conocido nos le muestra en Cruz, derramando sangre de su cabeza, bajo las espinas que la envuelven, de sus manos y de sus pies perforados, de su corazón abierto.

Tal era el precio de las almas.

Los apóstoles llevaron una vida de trabajos y de penas; murieron mártires; los santos sacerdotes sufren, son pobres, y a veces menospreciados. Si quieres ser sacerdote, tendrás que trabajar, consagrarte, darte por entero, sin pensar en tu salud, tu reposo, tu bienestar. A este precio se salvan las almas.

Si el niño responde "Yo no busco ni dinero, ni honores, ni fama; antes quiero sufrir y dar mi vida por Dios, como un soldado que sufre y da su vida por la patria; yo quiero ser sacerdote"; entonces se le puede responder:

"Hijo mío, tú eres llamado por Dios; tú tienes vocación."

Una duda puede aún ocurrir en el espíritu de un joven o de un niño. ¿Es verdaderamente llamado? ¿No se engaña? ¿Quién le sacará de dudas? ¿Quién le dirá que Dios parece llamarle?

La misión del confesor. — Un hombre que a su vez haya seguido el llamamiento del Maestro: el sacerdote a quien se confía: su confesor. Y llamamos la atención de los jóvenes sobre este punto: no temáis, amiguitos míos, confiaros al director de vuestra alma; habladle de vuestras intenciones, de vuestros proyectos para el porvenir; decidle vuestros gustos, vuestras ocupaciones habituales, vuestros pensamientos; mostraosle tal como sois; después, aguardad su decisión, y seguid sus avisos con toda confianza.

De ordinario, el confesor se toma algún tiempo para reflexionar; observa, estudia; traza un pequeño plan de vida, en que la oración, el trabajo y la obediencia ocuparán el lugar de preferencia. Después pide al niño que se lo diga a sus padres.

En el seminario, bajo la dirección de sacerdotes escogidos por el Obispo.

En el seminario mayor comienza una vida de trabajo, que ha de durar varios años, en la calma y el silencio de un retiro imperturbable.

Los directores de los seminarios son escogidos por el Obispo, quien les ha confiado la misión de educar a los seminaristas. Ellos le darán cuenta de la ciencia de la santidad, y de las señales de vocación de los aspirantes al sacerdocio. El día de la Ordenación, el Obispo reemplazara a Jesús, para decirles: "Seguidme."

Los estudios de Teología duran unos cinco años. El sacerdote debe ser un hombre de ciencia religiosa; ha de poder pronunciarse sobre casos de conciencia difíciles en el confesionario o junto a un moribundo. Debe enseñar desde el púlpito. Es un hombre público como el magistrado; es un hombre que ocupa una posición elevada en la sociedad.

Terminados los estudios y recibidos los diferentes grados que conducen al presbiterado (órdenes menores, subdiaconado, diaconado), le será conferido el presbiterado.

La ordenación de los prebíteros.—¡Qué hermosa es la ceremonia de la ordenación! ¡Cómo se siente la vida de la Iglesia de Cristo, en la catedral, donde el Obispo ordena a sus nuevos sacerdotes! Escuchad el relato de una ordenación sacerdotal.

Ved esa catedral llena de parientes, de amigos, en los primeros sitios, y, mal conteniendo su emoción, a los padres y madres de los nuevos sacerdotes.

Se sienten felices con el honor que Dios les hace, de escoger un sacerdote de su familia. En el prebiterio, numerosos sacerdotes de todas edades, cabezas blancas, grisáceas, jóvenes vicarios, los dignatarios de la Iglesia con sus ricos hábitos, el Obispo y sus auxiliares, su cabildo en pleno.

De cara al altar, los ordenandos, jóvenes de veinticuatro años cumplidos, u hombres de edad madura, revestidos de alba blanca, están inmóviles, y oran con toda el alma.

Las ceremonias han comenzado. El órgano calla, y, en medio de un silencio impresionante, se oye al Arcediano, quien puesto en pie, invita a acercarse los que van a recibir el presbiterado. El sacerdote que hace las funciones de notario, llama a cada uno de ellos. Uno a uno van respondiendo: "Presente." Dirigiéndose entonces al Obispo, el Arcediano le pide, en nombre de la Iglesia, que ordene de presbíteros a esos diáconos que tiene delante.

—¿Ya son dignos de tal honor?—pregunta el Obispo.

—Sí—responde el Arcediano—. Sé y certifico que son dignos.

Dirigiéndose entonces al pueblo, el Obispo recuerda a los fieles que, en interés de la Iglesia, no debe dejarse acercar al altar a los indignos.

Después de unos instantes de silencio, el Obispo, viendo que nadie se opone a la orde-

nación de los clérigos, les dirige una exhortación acerca de la dignidad y de la hermosura de las funciones sacerdotales, y de las cualidades que exige este orden: prudencia, pureza de costumbres, justicia.

Si el Obispo no ordena más que presbíteros, la postración tiene lugar después de esta instrucción. En caso contrario, se hace con los subdiáconos y los diáconos, quienes avanzan un paso enel presbiterio, y se prosternan echados sobre el pavimiento del presbiterio, mientras la asistencia canta las letanías de los santos.

Esta postración simboliza el sacrificio total de un hombre que se da a Dios sin reserva.

Después de esta ceremonia comienza la plegaria. Silenciosamente, el Obispo, y tras él todos los sacerdotes presentes, imponen las manos sobre los que van a recibir el presbiterado.

Y llegó el momento de la ordenación. El Obispo pronuncia las palabras sacramentales: "¡Oh Padre Todopoderoso! otorgad a vuestros siervos presentes la dignidad de presbítero; renovad en ellos la efusión de vuestro Espíritu de santidad, a fi nde que ejerzan bien las funciones de su estado, y que su conducta sea una censura de las costumbres depravadas del mundo, y que sean los prudentes cooperadores de nuestro ministerio episcopal..."

Después de esta consagración, el Obispo re-

viste al joven presbítero de la estola, cruzándosela sobre el pecho, y diciendo: "Recibe el yugo del Señor, porque su yugo es suave y su carga ligera."

Y la pone la casulla: "Recibe la vestidura sacerdotal, símbolo de la caridad."

Pero la casulla no queda completamente desplegada, puesto que el joven presbítero no ha recibido aún notificación de todos sus poderes.

Después, el Obispo recita una hermosa plegaria, en la que invoca la bendición de Dios sobre esos presbíteros: "¡Oh Dios, autor de toda santidad!... derramad sobre estos siervos, a quienes elevamos a la dignidad del sacerdocio, los beneficios de vuestra bendición."

Terminada esta plegaria, el Obispo, de rodillas, entona el *Veni Creator,* y, después de la primera estrofa, se sienta, y procede a la consagración de las manos de los nuevos presbíteros.

Cada uno de los ordenandos viene a ponerse de rodillas delante de él, y le presenta sus manos, en cuya parte inferior hace una unción en forma de cruz con el óleo de los catecúmenos, pronunciando esta fórmula: "Dignaos, Señor, consagrar y santificar estas manos por esta unción y esta bendición."

Después añade: "Que todo lo que ellas bendigan, sea bendito; que todo lo que ellas consagren, sea consagrado y santificado, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo."

El Obispo les hace en seguida tocar el cáliz conteniendo vino y un poco de agua, y la patena con la hostia.

"Recibid—dice—el poder de ofrecer a Dios el santo sacrificio y de celebrar la misa, tanto para los vivos como para los muertos."

El clérigo ha recibido ya el poder sublime de ofrecer el gran sacrificio.

El Obispo se ha vuelto hacia el altar, y continúa la misa. El momento del ofertorio ha llegado. Los nuevos presbíteros se acercen a ofrecer al Oficiante un cirio.

Y llegamos a la plegaria del Ofertorio: *Suscipe, sancte Pater.* En este momento, uniéndose al prelado, que está en el altar, los jóvenes presbíteros celebran con él. He ahí la primera misa de los ordenados: ellos consagran verdaderamente, en unión con el Pontífice, éste en pie ante el altar; y por primera vez recibirán una hostia que ellos mismos habrán consagrado.

¡Qué honor! ¡qué dicha!

El momento de la comunión acaba de tocar. Juntamente con el celebrante, han dicho: "Que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna." El Pontífice nada tiene que añadir, al tiempo de darles el cuerpo de Cristo; nadie les ha rezado el *Confiteor;* ellos comulgan ya como sacerdotes.

El poder de las llaves. — Inmediatamente después de las abluciones, el Obispo recita estas hermosas palabras del Evangelio de San Juan: "Ya no os llamaré siervos; mas a vosotros os he llamado amigos, etc." Después, el Pontífice se vuelve hacia sus jóvenes cooperadores, quienes, en pie delante de él, recitan juntos, en alta voz, el *Símbolo de los apóstoles.*

Una última imposición de manos sigue a esta profesión de fe: "Recibid el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonaréis, y quedan retenidos a los que se los retuviéries," dice el Obispo, imponiendo ambas manos sobre la cabeza de cada uno de ellos.

Tienen ya, por lo tanto, el poder de perdonar los pecados por el sacramento de la Penitencia.

Todos los poderes les han sido conferidos; y, para demostrarlo bien, el Obispo despliega completamente, a cada uno de los jóvenes presbíteros, la casulla, que permanecía plegada de por medio.

La promesa de obediencia.—Aquí se desarrolla una escena por demás emocionante: la promesa de obediencia. La Iglesia es una sociedad jerarquizada: el Obispo está sometido al Papa; el sacerdote, a su Obispo. El Pontífice toma entre sus manos las del nuevo pres-

bítero, y le pregunta: "Me prometes a mí y a mis sucesores reverencia y obediencia?" "Lo prometo", responde éste. El Obispo le abraza entonces, diciéndole: "La paz del Señor sea contigo."

Después de una bendición especial, la gran ceremonia de la ordenación ha terminado

El canto del *Tedeum* resuena bajo las bóvedas de la catedral. Aquellos clérigos sno ya sacerdotes por toda la eternidad.

FIN

ÍNDICE